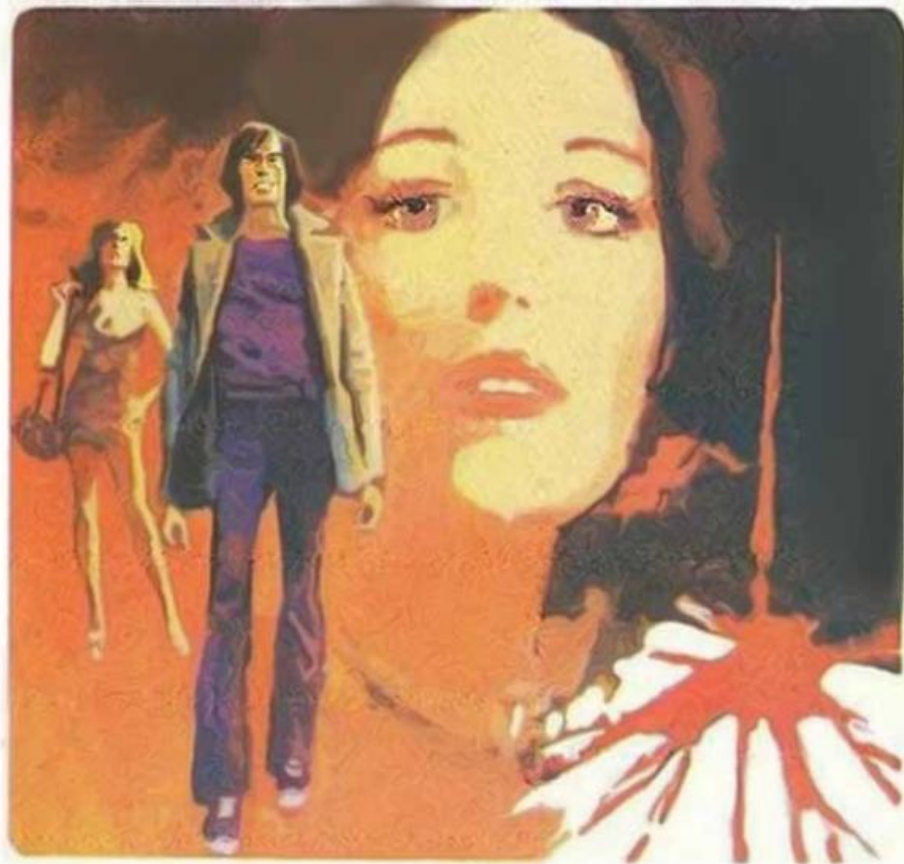


BOLSIBROS BRUGUERA



LOU CARRIGAN

NO ME CUENTES TU VIDA





**COLECCION
LA HUELLA**



LOU CARRIGAN

NO ME CUENTES TU VIDA

Colección LA HUELLA n.º 101
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2

Depósito legal: B 34250-1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición en esta Colección: octubre, 1976

© Texto: Lou Carrigan - 1976

© Editorial Bruuguera S.A. 1976

**Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974**

CAPÍTULO PRIMERO

En términos generales se podía definir a Desmond Wells como un golfo.

Pero, claro, tampoco es cosa de ponerse a juzgar al prójimo a la ligera. Bien cierto era que Desmond vivía en un barrio poco recomendable de Los Ángeles, y que su vida no era un modelo de puritanismo precisamente. Pero, a fin de cuentas, cada cual hace con su vida lo que le viene en gana, y eso era lo que hacía el simpático golfales de Desmond Wells.

Nadie sabía de dónde sacaba el dinero, pero todos sabían que Desmond no daba golpe. Y como una cosa no parecía encajar con otra, las malas lenguas incluso habían llegado a insinuar que Desmond Wells se dedicaba a hacer pequeños atracos por ahí, en solitario, y que vivía de darles sustos a empleados de gasolineras, tenderos y ancianas que salían de paseo por los parques. A lo mejor era cierto.

Es decir: a lo peor. Porque darles sustos a las ancianas no es una actividad que merezca, valga el ejemplo, el Premio Nobel de la Confraternidad Humana. Como fuese, Desmond tenía siempre los dólares que precisaba para vivir sin trabajar, y sólo muy de tarde en tarde pedía algún pequeño préstamo que, pasmo de pasmos, devolvía días más tarde puntualmente. Sin duda, por aquello de que debe existir un Código de Honor entre sinvergüenzas, porque si no, ¡adonde iríamos a parar!

Eso sí.

Sinvergüenza lo era Desmond en gran medida. En aquel barrio poco recomendable lo conocían hasta las ratas, como suele decirse. Y él también conocía hasta a las ratas.

Por eso, aquella noche, se quedó muy sorprendido cuando vio

una ratita que no conocía.

Así que, tras encender un cigarrillo, se acercó a ella, que estaba mirando el número de la casa ante la cual se hallaba, y le dijo:

—Hola, cachonda. Tú eres nueva aquí, ¿verdad?

La «ratita» volvió la cabeza hacia Desmond Wells, y al verlo, respingó.

No era para menos. Desmond medía metro noventa, era recio y ancho, llevaba el cabello largo, una barba rubia de lo más impresionante, y tenía unos ojos claros que parecían bolitas de cristal azul, penetrantes como trozos de hielo. Se decía que tenía muy mala uva, pero, hasta la fecha, no había perjudicado a nadie, que se supiese.

La muchacha quedó tan impresionada que permaneció muda, contemplando a aquel gigante rubio que, ahora, fruncía el ceño con un gesto clarísimo de desagrado.

—Eres flaca, condenada —dijo Desmond—, así que me pregunto cómo demonios te has atrevido a tomar esta profesión.

—¿Qué... qué profesión? —se interesó la muchacha.

—Oye, ¿pretendes tomarme el pelo?

—No... No, señor.

—Bueno, pues déjate de tonterías. Y si quieres un buen consejo, dedícate a otra cosa. Yo, al menos, no daría por ti ni cinco centavos. Claro que yo no suelto un dólar aunque me maten, y menos para esas actividades, pero hay tipos que sí los sueltan. Y éstos exigen mucho más de lo que tú tienes. Chica, ¡qué flaca estás! Apuesto a que comes tan poco que cualquier día te vas a quedar más delgada que un silbido. ¿Y sabes por qué comes poco? ¡Pues porque, claro, en esta profesión, no serás tú la que se haga rica! ¿Comprendes?

—Me parece que sí..., que empiezo a comprender.

Desmond la miró lentamente de arriba abajo. Ella era de muy buena estatura, parecía muy delgada, en efecto, y quizá por eso resultaba elegante. Sí, señor, la chica resultaba elegante. Pero, seguramente, era el resultado de ser tan escuálida. En cuanto a la carita... ¡Ah, la cara ya era otra cosa!

—Guapita sí eres —aceptó de mala gana Desmond—. Tienes una boca apetecible, una naricilla graciosa, una barbilla interesante, unas orejitas fáciles de mordisquear, y unos ojos tremendos. ¿De qué color son? Te lo pregunto porque aquí, con esta luz de

fantasmas, no lo puedo ver.

—De color verdoso, más o menos.

—No está mal. Bueno, siempre puedes encontrar algún que otro despistado. ¿Quieres que te invite a tomar algo?

—No, señor, gracias. En realidad, sólo estoy buscando el número 114 de esta calle.

—Pues éste es, rica, claro que sí. ¡No me digas que te has mudado a este barrio! Lo digo porque aquí se trabaja, pero no se vive, ¿comprendes?

—No, señor. Yo no vivo aquí... Ni trabajo aquí. Sólo he venido a recoger a una amiga, que está enferma.

—¡Vaya, otra que ha pillado algo...! ¡Claro, maldita sea, no tenéis cuidado, y luego lo hacéis pagar a los pobres incautos que no tienen culpa de nada...!

La muchacha se sofocó intensamente, con violencia.

—Se está usted equivocando conmigo, señor.

—Claro. Y ahora me dirás que eres Caperucita Roja, que te has perdido en el bosque, y que yo soy el lobo malo. ¿A que sí? Oye, sólo por curiosidad: ¿cuánto cobras?

—¿Por qué?

Desmond entornó pérfidamente los ojos.

—Si te parece, por rascar las orejas. ¡Vamos, déjate ya de tonterías! ¿Cuánto?

—Cinco mil.

Por un instante, Desmond Wells quedó estupefacto. Luego, soltó la gran risotada de su vida, y acto seguido dio una tremenda palmada en la espalda de la muchacha.

—¡Has estado estupenda, nena! —siguió riendo—. ¡Pero que muy buena, de veras! ¡Cinco mil dólares...! ¡Ay, qué risa, nena lisa! ¡Cinco mil pavos por...!

—¿Le parece caro?

—¡Hombre, no...! ¡Crees que va a parecerme barato! Dime la verdad: ¿de qué mundo vienes?

—De Marte, naturalmente.

—Pues allá deben andar muy escasos de mujeres. En cambio, aquí, por menos de cien dólares te pones hasta aquí de señoras. Bueno, veo que no quieres decirme la verdad de lo que pides, pero es igual, porque no pensaba pagarte... Pero te invito a un trago, si

quieres.

—Se lo agradezco, pero no puedo entretenerme. Tengo que recoger a una amiga.

—¡Y dale con el cuento...! Bueno, allá tú. Desde luego, estás ante el número 114, eso es seguro. ¿Puedo servirte en algo más?

—No, muchas gracias. Y buenas noches, señor.

Desmond Wells se inclinó ceremoniosamente, por supuesto con gran pitorreo.

—Buenas noches, señorita inmaculada. ¡Hey, un momento! —le gritó cuando ella se disponía ya a entrar en el portal—. ¿Cómo te llamas?

—Patricia.

—Okay. Pues bueno, Patricia, como, eres nueva y vas a estar un poco desorientada al principio, ya sabes que si te puedo ayudar en algo estoy a tu disposición. Sólo pregunta por Desmond, y ya verás qué bien te irán las cosas. ¿Comprendes? Desmond Wells.

—Muy agradecida, señor Wells.

—¡Bah, bah, bah...! ¡Nada de «señor Wells»! Aquí cada uno golfea a su manera, así que debemos estar en buena armonía y amistad. Bastará que me llames Desmond.

—Pues muy agradecida, Desmond.

—Ya nos veremos.

Patricia sonrió, dio la vuelta, y entró en el portal.

Desmond se quedó indeciso unos segundos. Luego, fue a apoyarse en la pared, dejó el cigarrillo colgando de los labios, metió las manos en los bolsillos, y se quedó allí como quien no tiene nada mejor ni peor que hacer en la vida. Y era verdad: no tenía absolutamente nada que hacer.

—Eh, Desmond —le saludó un tipo que pasó acompañado de dos más—, ¿estás aguantando la pared?

—¿Quieres que te parta la cara, imbécil? —le propuso Desmond Wells.

—¡Pues hijo, si que estás de mala uva...!

Esto también era verdad. Desmond Wells estaba de mala uva, y por una razón muy comprensible: aquella linda chica, flaca y alta, que acababa de entrar en aquel antro repugnante. ¡Qué amiga ni qué gaitas, hombre...! Seguramente, allá la estaba esperando cualquier puerco que... En fin, paciencia. Pero era una lástima,

porque la chica tenía carita de mena, era elegante, tenía clase... Sí, señor, tenía clase. De todos modos, vaya usted a saber la vida de cada cual. ¿Cono había llegado la espigada e indefensa Patricia a aquel barrio, a aquella profesión? Pues, sencillamente, cosas de la vida. Todo el mundo tenía cosas que contar de su vida, claro, de modo que si uno se ponía a escuchar las desgracias ajenas, ya no podría hacer nada más en toda la vida, así que o mejor era que cada cual se quedase su vida y sus problemas para sí, y que no andase por ahí fastidiando al prójimo contándole su vida y peripecias...

Las filosofías de Desmond Wells quedaron interrumpidas por la aparición de dos personas, procedentes del portal junto al cual estaba apoyado. Volvió la cabeza, y vio a Patricia, que salía acompañando a otra mujer. ¡De modo que era verdad que había ido a buscar a una amiga...! ¡Qué te parece! No todo es malo en el mundo...

Pero, al ver a la amiga de Patricia, Desmond regresó a su opinión y actitud inicial. Porque con Patricia podía equivocarse, desde luego, pero no con aquella pájara que la acompañaba. Si aquélla no era prostituta, él era un lirio. La muchacha en cuestión era más rechoncha que Patricia, rubia, con rostro muy maquillado, grandes ojos, grandes pechos, buenas caderas... Vestía de un modo tan... expositivo que cualquier cliente podía ver muy bien lo que pagaba. Tenía un escote tremendo, y la blanca carne mostraba una vibración digna de ser estudiada con detenimiento.

—Adiós, Desmond —saludó Patricia.

—Adiós, Patty... —Desmond movió la cabeza—. Créeme, linda, no sabes buscarte compañía.

—¿Usted sí?

—No. Por la sencilla razón de que yo no busco nada. Por lo tanto, no puedo hacerlo mal, ¿comprendes?

—¿Y si rebajamos eso de cinco mil?

—Tendrías que rebajar tanto que no te valdría la pena esfuerzo. ¿Vais para allá? Bueno, os acompañaré un poco. Oye, rubia —miró Desmond a la otra directamente—, a ti tampoco te he visto nunca operando por este barrio.

La rubia le miró, pero no dijo nada. Parecía tener mucha prisa. Tanta, que, tras su hosco silencio, preguntó a Patricia:

—¿Ha dejado el coche muy lejos?

—No, no. Apenas a unos cien metros. Llegó un momento en que ya no sabía ni dónde estaba, así que me detuve, y decidí terminar de buscarla a pie.

La rubia asintió, y caminó aún más de prisa. Ni Desmond ni Patricia tenían problemas con esto, pues ambos eran más altos y zancudos que la rubia. Desmond miraba de reojo a Patricia; ésta tenía una naricita en verdad preciosa. Y la forma de la boquita, de perfil, era encantadora. Perra vida... La vida todo lo estropea: hasta la propia vida de persona; que quizá serían formidables si no se hubiesen visto envueltas en circunstancias desafortunadas. La rubia era otra cosa y bien diferente de Patricia, desde luego.

—¿Cómo se llama tu amiga? —preguntó Desmond.

—Eleanor... —musitó Patricia—. ¿Te gusta?

—A mí lo único que me gusta es el sol —gruñó Desmond—. Y a lo peor, cualquier día descubro que también está sucio. Pero de todos modos, la rubia está más... peleona que tú, ¿comprendes?

—No eres muy amable, francamente.

—No. Pero tampoco soy embustero. Yo siempre digo la verdad.

—¿Siempre?

—Absolutamente siempre. Y al que no le guste, que se jorobe. Una vez tuve un par de palabras con un tipo que no le gustó lo que dije de su cara. Bueno, pues cuando la discusión terminó, su cara estaba aún peor que antes. Y no es que yo sea bravucón ni peleón, pero si hay algo que me chince en la vida son las personas, que no quieren admitir la realidad. Por ejemplo: ¿tú crees que estás demasiado flaca o no?

—Me pareció que así estaba bien.

—Pues yo creo que estás demasiado flaca. Digamos que para mi gusto tú eres un espárrago. ¿Entiendes? Pues bueno, tú tienes que admitir, entonces, que estás demasiado flaca. Lo contrario sería vivir engañada y querer tomarme el pelo a mí. Y eso es un idiotez, ¿no te parece?

—Pero... ¿quién es éste? —exclamó la rubia Eleanor.

—Se llama Desmond —rió Patricia—. Lo he conocido...

El frenazo de un coche junto a ellos, pegado al bordillo, hizo, volver la cabeza a Patricia, sobresaltada. Del coche se apearon rápidamente tres hombres, que, en un instante, estuvieron en una actitud en verdad inquietante, dos delante de ellos, y otro detrás,

vigilándolos.

La rubia se había detenido, sujetando a Patricia de un brazo y, al detenerse las dos mujeres, se detuvo también Desmond, se limitó a volver la cabeza para mirar al sujeto que tenía detrás, y luego miró a los dos de delante.

No tuvo necesidad de preguntar nada, porque uno de ellos estaba diciendo, señalando el coche mientras miraba a la rubia.

—Tú, furcia, sube a la carroza. ¡En seguida!

—¿Qué dice usted? —exclamó Patricia—. ¡Haga el favor de no molestar!

—Usted cállese, flauta, si no quiere que le rompa esa carita de tonta —dijo el otro—. Y tú, entra en el coche ahora mismo.

—¿Conmigo no va nada? —preguntó Desmond.

—Cierre las fauces.

—Oiga, señor: sólo le he preguntado...

—¡Que se calle! —gritó el otro, adelantándose y golpeando a Desmond en plena barbilla, fuertemente.

La cabeza de Desmond, simplemente, osciló quizá un par de milímetros, y eso fue todo, de momento. Sí, fue igual que pegarle un puñetazo a un hipopótamo de tres mil kilos. Sólo que el hipopótamo auténtico se habría quedado para toda la vida con el golpe, y Desmond Wells tenía otras ideas sobre esta clase de cuestiones.

Una de sus ideas era devolver golpe por golpe.

Y así lo hizo.

Sólo que fue terriblemente injusto, ya que, mientras que él había recibido un golpe que apenas lo había movido, su puñetazo, que alcanzó al sujeto en plena boca, lo derribó tres metros más allá, tras breve vuelo durante el cual varios de sus dientes también volaron en varias direcciones.

—¡Corra! —gritó la rubia, tirando de Patricia.

El otro sujeto estaba metiendo la mano derecha bajo el sobaco izquierdo, pero éste era un gesto que, Desmond sabía interpretar adecuadamente, de modo que no le dejó terminar. Lo que hizo fue dar un salto pasmoso, que lo elevó más de metro y medio..., y, en el aire, lanzó su pie derecho hacia el hombre, como quien suelta un trallazo... El pie acertó al tipo en el pecho, y lo derribó de espaldas como fulminado, igual que un tentetieso de feria, que acabase de

recibir el certero pelotazo.

¡Plop..., dingboíínngggg!

Primero se había oído el ahogado estampido del disparo efectuado con silenciador; luego, el impacto de la bala contra el suelo; y acto seguido, el vibrante tañido del rebote del plomo, que se perdió hacia el cielo.

El hombre que había disparado, el que había estado detrás de Desmond, lanzó una horrenda maldición, y movió la pistola, orientándola hacia Desmond de nuevo, temiendo que éste le llegase en un vuelo parecido al que había terminado con la caída fulminante de su compañero. Pero esta vez, Desmond Wells no atacó por el aire, sino por la superficie: se dejó caer al suelo, rodó hacia el sujeto a una velocidad increíble, y alzó la pierna cuándo estaba justo debajo de él en el preciso instante en que el otro apretaba el gatillo de la pistola.

Esta vez, la bala dio muy cerca de la oreja derecha de Desmond, y al rebotar hacia arriba lo hizo rozando su cuello..., y fue a clavarse bajo la barbilla de quien la había disparado. El hombre, que en aquel momento recibía el impacto del pie de Desmond entre las ingles, encajó la bala ahora en forma de flor, saltó hacia atrás, cayó de cabeza, y quedó inmóvil, con los ojos desorbitados y mostrando el destrozo causado en su garganta por la reventada bala.

Desmond no tenía tiempo para detenerse a contemplar nada, ciertamente. Delante de él, el de la boca rota y el otro se estaban incorporando, al parecer, y por fortuna semiaturdidos sobre todo el de la boca destrozada... Más allá, la rubia y Patricia corrían, por supuesto sin intenciones de detenerse a esperarlo.

En cuanto a los dos hombres que se estaban poniendo en pie, y que miraban con expresión velada a Desmond, éste no les concedió la menor oportunidad: pasó como una bala de cañón entre ambos, derribándolos de sendos fortísimos golpes, a uno con el codo, y a otro con el puño. El primero fue lanzado contra la pared, y el segundo cayó hacia atrás como muerto..., con la boca todavía más destrozada.

Sin más consideraciones, y justo en el momento en que por la esquina aparecían corriendo dos hombres, Desmond se lanzó a toda velocidad hacia donde la rubia y Patricia estaban metiéndose en un

coche. Tuvo el tiempo justo de llegar, abrir la portezuela y dejarse caer en el asiento, porque la rubia Eleanor estaba gritándole a Patricia:

—¡De prisa, de prisa, marchémonos...!

Patricia apretó el pedal del gas, y el coche salió disparado.

CAPÍTULO II

—Bueno... —resopló Desmond—, parece que vamos a salir bien librados de esto. Aunque tengo mis dudas. ¿Saben ustedes con quiénes nos las hemos visto?

—No... —Volvió, rápidamente la cabeza la rubia—. ¿Usted sí lo sabe?

—Por el momento —gruñó Desmond— puedo decirle que los tres tipos del coche trabajan para Jim Davenport, nada menos. Y que me recorten las orejas si los dos que llegaban corriendo no forman parte del grupo de Larson... ¡Caramba, me gustaría saber qué les ha hecho usted a esa gente, rubia!

—Yo no he hecho nada a nadie —aseguró Eleanor—. Estaba en un apartamento que pensaba alquilar para unos amigos, cuando de pronto, me sentí mal, y no quise bajar sola a la calle, así que pedí ayuda. Y me enviaron a la señorita Lamarr.

—¿Quién es la señorita Lamarr?

—Yo —dijo Patricia—. Mi vecina, *mistress* Dexter, me pidió este favor, y no pude negarme. La verdad es que me pareció una cosa muy sencilla: no esperaba nada como lo que ha ocurrido.

—Ni yo tampoco... —saltó la rubia—. ¡No entiendo lo que podían querer de mí esos hombres! ¿Usted los conoce, Desmond?

—De vista. No suelo tratarme mucho con ellos, pues son gente de cuidado. Trabajan para un par de sinvergüenzas de altos vuelos.

—¿Qué sinvergüenzas? ¿Ha dicho Davenport y...?

—James Davenport y Foster Larson. Pajarracos que huelen muy mal, no sé si me comprenden. Todos sus negocios están bordeando los límites de la ley. Pero, hasta ahora, no sabía que estuviesen también metidos en el de la prostitución. ¿Sabéis lo que pienso?

—¿Qué? —saltó en seguida Patricia.

—Pues pienso que vosotras no debéis tener contacto con ese par de canallitas, y que quizá es eso lo que les molesta. También hay otro, un tal Kent Bowman, que se dedica a estas cosas. En ocasiones charlo con algunas de vuestras colegas, y me cuentan cosas que me ponen los pelos de punta. Quiero decir, cosas sobre chicas que se dedicaban a lo vuestro sin pagar determinada cuota a algunos de esos tres inteligentes caballeros... No sé si me explico.

—Se explica muy bien —murmuró Eleanor.

—¿Quieres decir —volvió la cabeza Patricia— que para ser prostituta hay que darle dinero a uno de esos tres hombres?

—Bueno, me imagino que será algo así... Quizá la rubia sepa más cosas que nosotros de esto. A lo mejor querían meterla en el coche para llevársela por ahí a darle una paliza por no pagar su cuota de adhesión al club de las chicas libres..., o casi libres. ¿Era eso, rubia?

—No lo sé —encogió los hombros Eleanor.

—Pero usted no es una prostituta, ¿verdad? —exclamó Patricia.

—No —dijo Desmond—: es una doncella rodeada de flores. ¡Nos ha fastidiado la tonta flaca esta...!

—No le haga caso a Desmond —refunfuñó Eleanor—: está en un ambiente en el que sólo hay esa clase de mujeres, es evidente. No tenemos por qué discutir con él.

—Tiene razón —asintió, Patricia—. La voy a llevar con *mistress* Dexter, Eleanor. ¿Le parece bien?

—No sé... Quizá sería mejor que no. En realidad... Bien, no sé...

—Decídanse pronto —gruñó—. O por lo menos, si no lo hacen, llévenme a mi apartamento: 227, Charlton Lane. Y será mejor que se den prisa, si no quieren que les llene el coche de sangre.

—¿Cómo, de sangre...? —Respingó Patricia.

—Una bala me hirió de rebote, y estoy sangrando por el cuello como un cerdo.

—¡Dios mío...!

—No te preocupes: de esto no muero. Pero sí quisiera curarme, y pronto.

—Bu... y bueno, yo..., yo no sé qué hacer.

—Vayamos al sitio más cercano —propuso Desmond—. ¿Dónde vives tú?

—Bueno, tengo un apartamento en Wilshire Boulevard...

—¡Fuíííuuu! —Silbó Desmond—. ¡Quién lo diría, con lo flaca que estás! Bueno, supongo que tendrás algún encanto especial, naturalmente. Mira, lo mejor será que vayamos para allá, pues no quisiera volver por mis barrios y que me estuviesen esperando esos tipos. Apuesto a que más de uno me conoce, y muy bien. Me parece que me habéis metido en un buen lío, nenas.

—Usted se lo buscó —dijo secamente Eleanor—: nadie le pidió que nos acompañara.

—Oye, es simpática tu amiga, Patty... ¿Qué te parece si la dejamos en cualquier parte y tú y yo nos vamos a tu apartamento..., para que me cures la herida?

—Bueno —dijo Patricia Lamarr.

—Supongo que tendrás un *whisky* aceptable para las visitas.

—Tengo *whisky* —asintió Patricia.

—Estupendo. Conque Wilshire Boulevard, ¿eh? ¡Caracoles, desde luego nunca comprenderé, la vida! A lo mejor hay personas honradas que se están matando a trabajar, y sólo tiene un pequeño apartamento miserable, y en cambio, gentecilla como vosotras os permitís tener un apartamento nada menos que en Wilshire Boulevard, donde vive la flor y nata de la gente... ¡Maldita sea mi estampa, eso no es justo!

Justo o no, era cierto que Patricia Lamarr tenía un apartamento en Wilshire Boulevard. Exactamente en el 2588, en un edificio de seis pisos solamente, con una fachada impresionante en la que destacaban grandes terrazas llenas de flores. Para entrar allí había que cruzar un amplio y fastuoso vestíbulo, pero Patricia lo resolvió por el sencillo procedimiento de bajar con el coche al estacionamiento subterráneo. De aquí, por el ascensor directo, subieron a la cuarta planta, donde la muchacha tenía su apartamento. Pero no fueron a su apartamento, sino, en primer lugar, al de *mistress* Agatha Dexter.

Desmond Wells esperaba encontrarse ante otra jovencita más o menos aceptable en cuanto a físico vendible, pero se llevó un chasco tremendo. La puerta del apartamento de *mistress* Dexter fue abierta por una sirvienta bastante aparente, pero que no impresionó en absoluto a Desmond Wells, que estaba acostumbrado a verlas de todos los tamaños y formas en el barrio donde últimamente se dedicaba a «transitar por esta triste vida hasta el momento de la

muerte», según sus propias palabras.

La sirvienta los llevó a los tres hasta el gran salón del despampanante apartamento donde estaba *mistress* Dexter.

Sí, señor: el gran chasco. No era una pelirroja más o menos floreciente y espectacular, o una rubia apabullante, o una morenaza de ardiente mirada... Era una anciana de alrededor de setenta años, delgada, casi chupada, con los cabellos blancos, cara de serafín ajeno a las porquerías de este mundo, y con unos modales y una cándida mirada sencillamente enternecedores.

—¡Ah, querida! —exclamó con aguda vocecita al ver aparecer a Patricia—. ¡La encontraste, realmente! ¿Estás bien, Eleanor?

—No muy bien... —dijo la rubia—. Pero espero reponerme pronto aquí, *mistress* Dexter.

—¡Naturalmente que sí...! ¡No sabes cuánto te agradezco tu ayuda, Patricia, para traer aquí a Eleanor! ¿Quién es este joven tan interesante?

Desmond, que estaba estupefacto contemplando a aquella dama de auténtica clase sentada en un sillón en el que cabían tres personas de su tamaño, reaccionó finalmente, al oírse nombrado como «joven interesante».

—Me llamo Desmond Wells, señora. Y debo decirle que su perspicacia me ha dejado maravillado.

—¿Mi perspicacia? —se sorprendió *mistress* Dexter.

—Así es. No todo el mundo comprende a primera vista que yo soy interesante, guapo, inteligente, culto y simpático... Quiero decir que éstas son las cualidades de un joven interesante, y puesto que usted me considera interesante... ¿Me comprende?

—¡Desde luego que sí! —rió Agatha Dexter—. ¿Qué le pasa en el cuello?

Desmond se tocó de nuevo con los dedos, y luego los contempló, manchados de sangre.

—Peligros de la vía pública en horas nocturnas: ¡me ha mordido un vampiro! Iba yo tan tranquilo cuando de pronto, ¡zas!, noté un tremendo mordisco en el cuello.

—Querrá decir unos pinchazos —rió la anciana.

—No, no. Los vampiros de hoy día son terribles. Fue todo un mordisco, a lo bestia. En fin, que noto el mordisco, y entonces, me doy una palmada en el cuello. En seguida, oigo un gemido de dolor,

y cuando miro..., ¿qué dirá usted que veo en el suelo, agonizando?

—¡Un vampiro!

—No. Era un tipo vestido de negro, con la cara del color de la cera, colmillos así de largos y una expresión de idiota de lo más increíble. Claro, yo me quedé mirándole sin creer lo que veían mis ojos. De modo que me arrodillé a su lado, y le dije si era el conde Drácula.

—¿Y lo era?

—No, no. El desdichado va y me contesta: «No, señor. Yo me llamo Christopher, y le he mordido a usted por error. Creía que era mi novia». Me pareció un vampiro tan tonto que le pisé con el pie, y me fui de allí como si nada. Entonces, cuando iba yo en pleno bosque, me encuentro a estas dos tiernas doncellas, y voy y les digo: ¿Adónde vais, Caperucitas? Y ellas me dicen: vamos a casa de *mistress* Dexter, que nos dará pastel de manzana, una jarrita de miel, y un trago de *whisky*. De modo que me he apuntado al festejo.

No podría decirse cuál de las cuatro expresiones era más digna de ser tenida en cuenta en aquellas cuatro personas que escuchaban a Desmond Wells. La sirvienta de *mistress* Dexter estaba boquiabierta; Eleanor, contemplaba con expresión más bien irritada al charlatán; *mistress* Dexter terminó por echarse a reír, y en seguida, saliendo de su pasmo, Patricia la imitó.

—¡Es usted muy simpático, señor Wells! —aseguró la anciana—. Pero no sé cómo tratarlo, ya que tengo la impresión de que se está tomando la vida a broma. Desde luego, lo primero que hay que hacer es curarle ese mordisco de vampiro. Luego, ya veremos qué más podemos organizar en su beneficio. ¿Le parece bien?

Patricia Lamarr se adelantó a la respuesta de Desmond.

—Yo creo, *mistress* Dexter, que lo mejor sería que usted se ocupase de la señorita Mitchell, pues seguramente todavía no está bien del todo. En cuanto al señor Wells, yo misma puedo atenderle en mi apartamento en pocos minutos.

—Bueno, querida, no quisiera que el señor Wells pensase que no soy hospitalaria...

—¿Sabe una cosa, señora? —cortó Desmond—. Hace ya mucho tiempo que yo no pienso nada de nadie. Es mi lema: vive y deja vivir, y que cada cual cargue con su joroba. Y si hay alguien que no tiene joroba, pues tanto mejor para él, o ella.

—Es una inteligente actitud —sonrió Agatha Dexter—. Bien, espero que volveremos a vernos. Entiendo que es usted amigo de Eleanor o de Patricia, y, por lo tanto, es amigo mío.

—Se lo agradezco, señora, pero me parece que no le interesa a usted tener amistades como yo.

Agatha Dexter sonrió. Eleanor parecía impaciente. Patricia miró a una y a otra, y luego a Desmond.

—Vamos a mi apartamento —dijo—. Adiós, *mistress* Dexter. Espero haberla ayudado, realmente.

—Oh, sí, querida... ¡No sabes cuánto te lo agradezco!

Segundos después, Patricia y Desmond estaban en el pasillo. La muchacha señaló hacia una de las puertas, al otro extremo. Y Desmond miró hacia allá. Bueno, era de esperar que, aunque las cosas le fuesen bien a Patricia, su apartamento, si bien ubicado en un edificio de lujo, fuese inferior al de *mistress* Dexter. En un mismo edificio, podían haber varios grados de lujo, y era de esperar que el de una jovencita... complaciente no fuese, a fin de cuentas, demasiado elevado.

Cuando entró en el apartamento de Patricia, estuvo a punto de caer sentado.

—¡Mi madre! —exclamó.

—¿No te gusta? —Le miró Patricia.

—Dime la verdad... ¿Todo esto lo ganas...? Bueno, ya me entiendes...

—Sí que te entiendo. Pero me gustaría explicarte lo que ha sucedido. Verás: yo estaba aquí, y *mistress* Dexter me llamó. Fui a su apartamento, y me pidió si podía llegarme con mi coche a aquella casa a recoger a una amiga que estaba allí examinando un apartamento y que de pronto se había puesto enferma... *Mistress* Dexter ha sido siempre muy amable y simpática conmigo, así que le dije que iba para allá en seguida. Y eso ha pasado. Pero de eso a que yo sea una... mujer como las que tú conoces...

—¡De eso, ni hablar! —exclamó Desmond—. ¡Bien se ve que eres de superior categoría, nena! ¡Menudo apartamento! ¿Quién lo paga?

—Pues...

—Ha sido una pregunta estúpida, perdona.

—No ha sido...

—Quiero decir que no tengo por qué preguntar nada. Es más, te

diré que no quiero que me cuentes tu vida. Cada cual, con su joroba.

—Pero es que...

—¡Que no me cuentes tu vida, demonios! No quiero saber nada. El ignorante es un ser feliz, porque, si bien se pierde algunas cosas «buenas» de la vida, en cambio deja de sufrir por las muchísimas malas. Por ejemplo, el ignorante quizá no sepa que cuando le duele algo, se le puede aliviar inyectándole morfina en cantidad y periodicidad controlada médicamente; pero, al mismo tiempo, al no saber que existe la morfina, jamás se convertirá en un morfimómano... ¿Comprendes?

—Sí —musitó Patricia—. Pero con esa actitud, una persona puede estar viviendo en nuestros días como se vivía en la Edad de Piedra.

—Dime qué tenía de malo la Edad de Piedra.

—No lo sé —se desconcertó Patricia—. ¡No viví en ella!

—Yo tampoco —dijo seriamente Desmond—. Pero estoy viviendo en ésta, y te apuesto lo que quieras a que en la Edad de Piedra no se vivía peor que ahora. Humanamente hablando, claro.

—Eres bastante raro —musitó Patricia.

—Más rara eres tú.

—¿Yo? ¿Porqué?

—Pues verás: para mi gusto, te faltan unas diez libras de rica carne fresca sobre ese montón de huesos larguiruchos, así que no entiendo que haya algún pagano que te mantenga a todo tren en este apartamento; pero, en fin, ya se sabe que hay gustos para todo en la vida, así que tú has sido... admitida. Pero tu rareza llega más lejos. ¿A quién se le ocurre traer a tan elegante apartamento a un sujeto como yo, que además está sangrando?

—Oh... ¡Oh, Dios mío! ¡Te curo en seguida!

—Ya era hora —gruñó Desmond.

Patricia Lamarr desapareció del enorme salón, y Desmond se quedó mirando a todos lados, más bien un tanto irritado. Allí todo era de calidad, de auténtica clase. ¡A él se la iban a pegar...! Todo era de calidad, de buen gusto. ¡Vaya con la larguirucha...!

Sobre una mesita que debía valer no menos de mil dólares, había una cajita de música que contenía cigarrillos. Desmond encendió uno, con un encendedor que debía valer quinientos

dólares, y que también tenía música. ¡Qué barbaridad...! Había una alfombra de extensión parecida a la de un campo de *baseball*, y tan mullida como si tuviese encima tres años de césped sin segar. También vio el bar, y se acercó. Estaba adosado a la pared, pero protegido por una doble hoja de grueso cristal, de modo que no pudo conseguir agenciarse un vaso y una botella. Parecía cosa de espías... De pronto, encontró el resorte que abría aquello, y estuvo de nuevo a punto de caer sentado. Los cristales se abrieron, pero resultó que aquella parte del bar que él había visto eran sólo la muestra, el indicador de donde estaba el bar, cuyo tamaño y contenido total seguramente no lo tenían en bares profesionales.

—Mi madre... ¿Quién será el bestia que mantiene todo esto?

—Había música dentro del bar. Y un televisor en color. Y frigorífico. Bebidas de todas clases. Desmond desdeñó el *whisky*, y se sirvió una dosis un tanto cauta de auténtico vodka ruso de la marca Moskovskaya.

—¡La oca...! —exclamó—. ¿Pues qué demonios he estado bebiendo yo hasta ahora cuando creía que bebía vodka?

Volvió a sentarse, con el vaso de vodka en una mano y la botella metida en un bolsillo. Si Patricia no se daba cuenta se la iba a llevar, naturalmente.

¡Qué cosa más rara había sucedido aquella noche...! Desde luego, sabía que la clase de gente como Davenport, Larson y Bowman no se andaban con chiquitas con las fulanas como Eleanor y Patricia. Si las localizaban, y ellas no «cotizaban» a la «hermandad», eran capaces de darles una paliza que hasta podían torcerles los huesos para siempre, y quedarse jorobadas. No podían consentir que fuesen prostitutas privadas, claro que no. Porque ahí tenía el caso de Patricia: si ella fuese una de las chicas de Davenport, Larson o Bowman, quienes disfrutarían de la mayor parte de las ganancias de ella serían ellos, y ella tendría que conformarse con un apartamento menos suntuoso.

«Me parece que me he metido en un lío —reflexionó—. Uno de aquellos tipos, si no recuerdo mal, se llama Devine, y me apuesto la flauta a que él también me conoce a mí. Si se lo han tomado a mal, la cosa va a complicarse. Y además, aquel de la bala en la garganta quizá la haya palmado... Porque, vamos, con aquel estropicio en las tragaderas se muere hasta Superman...».

Patricia reapareció cuando los pensamientos de Desmond discurrían por cauces más bien sombríos.

—Podías haberme servido un vodka para mí —protestó ella.

—No soy tu criado, ¿verdad?

—¿Por qué eres tan susceptible? Servir un trago a una chica no es ser su criado: es ser amable y educado, solamente.

—Oye, pelo de panocha: si vas a darme lecciones de buenos modales, me largo de aquí aunque sea a la pata coja. Y otra cosa: ¿Qué pasa si mientras yo estoy aquí llega tu... tu...? Bueno, como llames al sujeto que financia todo esto.

—Le llamo Darling —musitó Patricia.

—Originalísimo —exclamó Desmond—. Bueno, ¿qué pasa si llega él?

—No sé. No creo que venga, de todos modos. Acostumbra venir durante el día, no por la noche.

—Entiendo.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Mujer, que por la noche tendrá su propia familia, su esposa, etcétera... ¿No es así?

—Pues... sí. Es verdad. De modo que no te preocupes por mi Darling: no vendrá esta noche.

—A las chicas como tú, yo, ¡zas!, les cortaba el pescuezo.

—La verdad es que no sé por qué tengo que soportarte —se rebeló Patricia—... A fin de cuentas, hace sólo una hora que te conozco, y no se puede decir que seas lo mejor de mi vida, ni que mi futuro dependa de ti, ¿verdad?

—Hagamos un trato —farfulló Desmond—: ponme en es te agujerito unas tiras de esparadrapo, o algo así y me largo... ¡Atiza! ¡Pero si te has cambiado de ropa!

—Ya ves.

Desmond se quedó mirando, atónito, a Patricia, que, efectivamente, se había quitado el vestido, y puesto en su lugar algo más o menos parecido a una túnica griega, blanquísima, que hacía destacar el tono de los ojos de la muchacha, y el color de su pelo, que no era propiamente parecido al de una panocha, sino de un color dorado oscuro, como oro viejo y resplandeciente. Un segundo. Dos segundos. Tres segundos. Cuatro, cinco, seis... Desmond Wells se encontró con la sangre lanzada a toda presión por los recovecos

de su cuerpo...

—¿Por qué me miras así? —musitó Patricia.

—Eres más bien fea, condenada —susurró él—, ¡pero tienes más *sexy* que la cintura de un pulpo!

Patricia quedó atónita.

—¿Un pulpo...? ¿Qué tiene que ver un pulpo con el *sexy*?

—Mujer... Los pulpos tienen ocho patas, ¿no es así? Pues imagínate la de *sexy* que puede haber en la cintura de una mujer que tuviese ocho patas, como un pulpo. Es decir, que si teniendo sólo dos patas, una mujer tiene *sexy*, pues con ocho, no veas... Lo que quiero decir, es que si con dos patas...

—¡Yo no tengo «patas»! ¡Tengo «piernas»!

—Sí, mujer, sí... Dos. Vaya, empiezo a entender todo esto del apartamento, ese cochazo que tienes. En fin, todo. Y no quiero comprometerte, de veras. De modo que tapa el agujero y me largo. Buen vodka, sí, señor. ¿Crees que a Darling le molestará que me lleve la botella?

—Sí.

—Pues que se aguante.

Patricia apretó los labios, se acercó a Desmond, y se dedicó a curarle la herida, comenzando por limpiar la sangre que ya estaba seca en los bordes. Acabó por ponerle una ancha tira de gasa y la sujetó con esparadrapo. Realmente, la herida era sólo molesta, pero no tenía ninguna importancia.

—¿Y si me regalases una camisa de Darling? —propuso Desmond—. A fin de cuentas, la mía ha quedado estropeada por ayudar a tu amiguita a salir de un mal paso.

—Las camisas de Darling no son de tu tamaño, ni mucho menos.

—Entiendo. Seguramente es un viejecito cochambroso... Es simpática *mistress* Dexter, ¿verdad? La que no me gusta nada, pero lo que se dice nada, es la rubia. Tiene cara de... No sé. No me gusta. Y pienso que para que los tipos aquellos quisieran llevarla en su coche para «conversar» en privado con ella, debe haber hecho algo bastante gordo. ¿Qué opinas al respecto?

—Nada. Hoy he conocido a Eleanor Mitchell, y ha sido para hacerle un favor a *mistress* Dexter. Por lo demás, lo que haga esa mujer no me interesa en absoluto. ¿Te vas a quedar conmigo esta noche o no te vas a quedar?

—¿Qué? —Respingó Desmond.

—Estoy segura de que me has oído perfectamente.

—De acuerdo, te he oído.

—¿Y qué respondes?

—Que no.

—¿Por qué no?

—Porque no me gustas.

—No hagas caso de mi delgadez... Las flacas también podemos ser... confortables, Desmond.

Desmond Wells no contestó. Sacó del bolsillo la botella de vodka, bebió un trago, colocó el tapón de rosca, y volvió a guardarla en el bolsillo. Luego, sin decir palabra, se dirigió hacia la puerta del salón. Segundos después, cuando estaba a punto de abrir la puerta del apartamento, Patricia le dio alcance. Pudo retenerle por una manga, se colocó ante él, y se colgó de su cuello.

Cuando Desmond Wells notó los labios de Patricia Lamarr en su boca, quedó inmóvil, notando una corriente tibia que recorría todo su cuerpo lentamente... Esto le dejó tan sorprendido que permaneció inmóvil. ¿Qué le ocurría? ¿Le gustaba la larguirucha huesuda? ¿Hasta ahí se podía, llegar!

La apartó rudamente. Entonces se dio cuenta de que le zumbaban los oídos y de que se sentía como flotando en un espacio donde jamás había estado. Pese a todo, consiguió recordar las últimas palabras de Patricia Lamarr, y contestó acremente a ellas:

—No me gustan las mujeres que son demasiado confortables. Y al decir demasiado, no me refiero a mucho para uno, sino a mucho para muchos. No sé si me entiendes.

—Quédate, Desmond —musitó ella.

—Recuerdos a Darling —gruñó él.

Salió del apartamento y cerró violentamente la puerta. Pero la puerta se abrió en seguida tras él, y Patricia salió también al pasillo.

—Desmond...

Éste se volvió como una fiera, y la apuntó con un dedo que parecía un garrote.

—¡Oye, yo no soy ningún capricho para niñas como tú así que deja de cabrearme! ¡Si alguna vez me acuerdo de ti te llamaré! Mientras tanto, patas de alambre, ¡esfúmate! ¿Sabes lo que es esfumarse? ¿Lo sabes?

Patricia Lamarr había palidecido. Se mordió los labios vaciló, y, finalmente, dio media vuelta, entró en su apartamento, y cerró suavemente la puerta.

CAPÍTULO III

Cerró de un portazo, encendió la luz, y fue a sentarse en el borde del camastro donde dormía desde hacía más de dos años. A decir verdad, aquello ni merecía el nombre de apartamento: era un cuarto bastante grande en el que había una cocinita al fondo y un cuarto para ducha y servicio a un lado. En una sola pieza estaba concentrada toda la vida de Desmond Wells. La vida actual bien entendido. Una pieza donde había libros, telarañas, botellas vacías y colillas de cigarrillos por todas partes.

Desmond encendió un cigarrillo, y estuvo unos segundos mirando la bombilla polvorienta que pendía del techo, en el centro de la pieza. Desvió la mirada al comprender que se estaba cegando. Durante unos segundos ni siquiera pudo ver el humo del cigarrillo.

—Algo no va bien —dijo en voz alta—. Y, desde luego, toda la culpa es mía.

Recurrió de nuevo a la botella de vodka. Maldita sea, qué bueno estaba el condenado vodka... Era lástima que ya estuviese caliente. Fue al destartalado y desportillado frigorífico, y metió dentro la botella. Dentro del frigorífico habían algunos platos preparados, pero sólo de verlos le entraron náuseas.

—Sí, señor —susurró—: toda la culpa es mía...

Cerró el frigorífico y volvió a tenderse en el camastro. Por poco que quisiera considerar la situación, tenía que admitirlo una vez más: toda la culpa era de él. A cualquier persona le puede ocurrir un fracaso, y no por eso hay que tomárselo tan a lo trágico. Una buena idea sería ir pensando ya en ponerse de nuevo en órbita. Pero ¿para qué, a fin de cuentas? ¿Para liarse con una pájara como Patty? De eso, ni hablar.

Terminó el cigarrillo, apagó la luz, y se quedó tendido, mirando

al techo. Las noches comenzaban ya a refrescar, pero aún se podía dormir con la ventana abierta. Lo malo de todo aquello era que cuando un hombre se queda con el sabor de los labios de una mujer en los suyos, empieza a naufragar. ¡Qué bien besaba Patty! Se había abrazado a él igual que se abrazaría una serpiente pitón a un conejillo antes de comérselo, como acariciándolo. Sí, señor, eso le había parecido a él, que era un conejillo a punto de ser devorado por una serpiente. ¡Toma, claro...! ¿Cómo no había de besar bien una pájara cómo ella? Y ni siquiera había notado sus huesos. Había sido como quedar apresado en el interior de un capullo de terciopelo, tibio y tierno. Y además, todavía tenía en su cuerpo el leve perfume que ella se había puesto cuando se cambió de vestido. Incluso su boca parecía haber contenido perfume, porque cuando le besó, Desmond notó algo así como un aire fresco, especial.

—¡Vete al cuerno! —exclamó en voz alta.

Decidió dejar de pensar en Patricia, y entonces las cosas fueron peor, porque pensó en lo sucedido por culpa de Eleanor. Aquella sí que tenía sus buenas cachondeces. Pero, evidentemente, algo no encajaba en todo aquel asunto. Desde luego, Eleanor no parecía propicia a las explicaciones, pero Desmond sólo tenía que pensar en *mistress* Dexter, e incluso en Patricia, para comprender que estaba ocurriendo algo que no podía definir, algo que nunca había formado parte de sus experiencias.

¿Qué demonios querrían aquellos tipos de Eleanor? Seguro que le habían visto, claro, y todavía más seguro que le habían reconocido. Él era más que popular por aquellos lugares desde hacia aquellos malditos dos años. Era muy probable que uno de ellos hubiera muerto...

* * *

Despertó de pronto.

Y al despertar comprendió que se había quedado dormido pensando. Se quedó mirando al techó. A su derecha, por la abierta ventana, veía la luz de la luna y las estrellas. El silencio era absoluto.

«¿Por qué me he despertado?».

Se pasó las manos por la cara. El silencio era tal que oía el latir de su corazón... En aquel momento ni siquiera sabía quién era ni

dónde estaba..., Ah, sí. Bueno, se había quedado dormido pensando en todo aquello. Y se había despertado. ¿Por qué se había despertado?

Fue igual que si su mente fuese algo así como un pequeño cuarto donde fuese penetrando lentamente la luz. Pues, se había despertado porque había oído un ruido muy conocido, pero que no lograba recordar. Se movió en el camastro, quedando orientado hacia la ventana. Ni siquiera se oía uno de aquellos malditos gatos...

«La puerta —pensó de pronto—. He oído cerrarse la puerta del apartamento».

Se quedó inmóvil. ¿Cómo era posible que hubiera oído cerrar la puerta de su cuchitril, si él estaba dentro y la había dejado cerrada?

Se sentó en el borde de la litera, en la zona de oscuridad absoluta, y masculló:

—¿Hay alguien aquí dentro?

Ni siquiera tuvo tiempo de reírse de sí mismo por la pregunta. Muy cerca de la puerta, frente a él, apareció el primer fogonazo, y se oyó el apagado «plop» del disparo efectuado con silenciador. Desmond notó el trallazo de la bala pasando junto a su oreja izquierda, y el impacto al clavarse en la pared. El sobresalto fue tal que de un salto se encontró de pie en el camastro...

Plop, chascó de nuevo la pistola.

Desmond lanzó un alarido cuando la bala se clavó en su muslo derecho. La fuerza del impacto le derribó dándose de cabeza contra la pared.

Plop.

La tercera bala se clavó también en la pared, lanzando salpicaduras de yeso hacia una mejilla de Desmond, que ya no gritaba ni respingaba, ni respiraba siquiera. En un instante, había comprendido todo: alguien había entrado en su «apartamento», pero, quizá por no encontrar el interruptor, o quizá por no despertarle, no había encendido la luz: había preferido permanecer unos segundos en la oscuridad, esperando que sus ojos se acostumbrasen a la claridad que llegaba desde el exterior, de los tejados del interior de la manzana. Pero, en ese breve espacio de tiempo, él se había despertado; cuando aún el visitante no le había localizado. Había disparado contra él al oírle hablar, y luego al oírle

gritar... Lo cual quería decir que no le estaba viendo, que disparaba al bulto, allá donde oía algo.

Desmond saltó hacia los pies de la cama, apareciendo por un instante, en el resplandor de la luz lunar que llegaba hasta allí desde las azoteas. Estaba rebotando cuando oyó otro disparo amortiguado por el silenciador. La bala pasó cerca de él y salió por la ventana..., desde luego con mucha mayor velocidad que él, que tras el salto hacia el exterior, lanzó un grito de espanto al encontrarse en pleno vuelo y sin nada a qué asirse.

La caída desde su ventana hasta el tejadito lateral del edificio contiguo fue verdaderamente escalofriante: casi cinco metros de recorrido, que terminaron cuando cayó de costado sobre el ondulado tejadillo de plástico, con tremendo estruendo. En alguna parte, un gato maulló sobresaltado, y por un instante se vio su silueta saltando.

Desmond quedó tendido en el tejadillo, boca arriba, contemplando no sólo las estrellas verdaderas, sino las que bailaban en su dolorida cabeza. Por encima de él brilló el fogonazo de otro disparo, y esta vez la bala perforó el tejadillo de plástico ondulado, con seco chasquido. Asomado a la ventana, Desmond vio a un hombre, es decir, le pareció ver la silueta de un hombre.

Plop.

Otra bala más, que perforó también el tejadillo. Desmond rodó hacia el borde de éste, y cayó al suelo, otros tres metros más abajo. Cayó de pies y manos, como un gato, y en seguida lanzó un alarido impresionante, cuando su pierna derecha falló y cayó de cara... De nuevo vio miles de lucecitas dentro de su cabeza. Por encima de él oyó un silbido, y supo que era una señal. El silbido se repitió en otra parte que no pudo localizar.

No tenía ni la menor idea de dónde estaba, pero sí sabía con toda seguridad que en aquellos momentos aquél era el peor sitio del mundo para él. Comenzó a correr por aquel patio, arrastrando la pierna derecha... Dos balas rebotaron en el suelo de cemento. Luego, oyó otra vez aquel silbido.

Jadeando, sudando, Desmond llegó junto a una tapia, que debía servir de separación a dos de aquellos patios interiores. Se encaramó a ella, oyó el silbido, y se apresuró a dejarse caer al otro lado..., mientras un par de balas pasaban zumbando con fuerza por

donde había estado una fracción de segundo antes. Sonó otro silbido en otro lado, y pese a que comenzaba a sudar copiosamente, Desmond se estremeció bajo un ramalazo de frío intenso que recorrió su cuerpo. Llegó a otra tapia, la escaló también, y saltó al otro lado.

Se quedó sentado en el suelo, inmóvil. Le dolía la pierna y un hombro. Y las costillas. El sudor formaba pequeños ríos desde su cuello hacia el pecho y la espalda. En alguna parte, oyó el inconfundible sonido de zapatos sobre tejado de plástico. Hubo unos sonidos precipitados, un fuerte golpe, y una maldición sonó claramente en la oscuridad.

Desmond sonrió siniestramente. Por lo menos, tenía una ventaja: conocía un poco aquellos lugares, aunque sólo fuese por haber estado contemplándolos desde su ventana en las calurosas noches de verano, cuando se dedicaba a meditar sombríamente su futuro bebiendo cerveza o coca-cola.

Estaba oyendo otro silbido cuando saltaba una tapia más. Se encontró frente a un árbol, y esto, que le desconcertó un instante, le orientó acto seguido: aquel árbol era una mimosa que siempre miraba desde su ventana, en uno de los patios. Sabía dónde estaba exactamente. Así que giró a la derecha, saltó otra tapia, y se encontró en el enorme patio que daba a la parte de atrás del cine. La pierna le parecía ajena a su cuerpo, algo así como si le hubiesen colgado un saco lleno de plomo a la cintura. Recorrió un estrecho pasillo sin techo, y llegó ante una puerta. Movié la manilla, y casi lanzó un grito de alegría cuando se movió. Tiró de ella, abriendo la puerta. Un instante después estaba dentro del cine. Por supuesto ya no había nadie, todo era silencio, soledad, oscuridad. Olía a desinfectante.

Clic clac, clic clac, clic clac, sonaban sus pisadas en el pasillo entre los dos bloques de butacas. Por supuesto que conocía aquel cine. Había estado en él las suficientes veces para saber lo que tenía que hacer para salir. Con un inconveniente: cuando llegó a la última puerta, la que daba a la calle, la encontró cerrada. La gran puerta de cristales le impedía el paso al exterior. Volvió la cabeza, y aguzó el oído. De momento, no oía nada. Una enorme gota de sudor se le metió en un ojo..., pero lo abrió rápidamente, para mirar el coche

que apareció en la calle, rodando muy despacio, con todas las luces apagadas.

Justo en ese momento oía las pisadas de un hombre detrás de él, entrando también en la sala de proyección.

Sin pensarlo dos veces, Desmond se metió en la cabina de la taquillera, y se encogió en el suelo. Al quedar quieto, notó de nuevo su corazón, latiendo a un ritmo brutal; parecía que le fuesen a estallar las sienes. Mientras el sudor chorreaba ya por todo su cuerpo, oía las pisadas de, por lo menos dos hombres, en la sala de proyecciones. Incluso oyó una voz, pero no entendió las palabras.

Luego, se hizo de nuevo el silencio.

No supo el tiempo que permaneció allí, mientras el sudor se le iba secando y todo su cuerpo iba siendo invadido por el frío. El frío del sudor al evaporarse; y un frío muy diferente, producido por una ira terrible, que le parecía como una garra apretándole el cuello.

Cuando quiso moverse, se mordió los labios para no gritar de dolor. Se había enfriado, y ahora la pierna le dolía horribilmente. Se tocó el pantalón, y le pareció de cartón. Ya incorporado, pudo ver la calle, donde no parecía haber nadie. Todo era quietud y paz... Se quedó mirando el teléfono, a un lado, sobre una repisa. Buscó debajo, y encontró un listín. Lo colocó junto al teléfono, en la repisa, y a la luz de la calle, buscó el nombre de Patricia Lamarr. Sin esperanzas, por supuesto, ya que no era probable que el tal Darling fuese tan tonto como para poner semejante apartamento a nombre de una fulana.

Se equivocó. Bien claro estaba allí: en el 2588 de Wilshire Boulevard vivía Patricia Lamarr. Marcó el número. Estuvo casi medio minuto oyendo sonar el teléfono, y cuando empezaba a pensar en colgar, el auricular fue descolgado al otro lado.

—¿...?

—Soy Desmond —gruñó.

—¡...!

—Comprendo que tienes motivos para estar enfadada...

—...

—¿No estás enfadada? Bueno, tanto mejor. Mira, saco de huesos, ya sé que debías estar durmiendo, y todo eso, pero necesito un coche con chófer. ¿Conoces a alguien que quiera prestarme ese servicio?

—...

—¿Tú misma? Vaya, no se me había ocurrido, pero, en fin, ya que has tenido una idea, no te la voy a despreciar. ¿Sabes dónde está el Beach Cinema?

—Eres una chica lista. Desde luego que lo encontrarás. Bueno, pues cuando lo encuentres, todo lo que tienes que hacer es dar vueltas alrededor de la manzana. Despacio, ¿comprendes? Si me ves a mí, paras. Si no me ves, o ves a otras personas, sean las que sean, te largas a toda velocidad. ¿Lo has comprendido?

—Ya sé que es fácil. Hasta ahora.

Colgó. Se quedó mirando hacia la calle. No se veía ni una sola persona a aquella hora. Quizá eran las dos de la madrugada, calculó. Pensó en Patricia, y sonrió, de pronto, divertido. ¡Linda hora para sacar de la cama a una muchacha flaca y frágil...!

Eso, claro, suponiendo que realmente Patricia estuviese dispuesta a salir de su lujoso apartamento aquella noche para pasar a recoger a un tipo tan desagradable como él...

* * *

Patricia Lamarr pasó por delante del Beach Cinema, pero no vio a Desmond Wells. Conduciendo muy despacio, rebasó la fachada del cinematógrafo, y dio la vuelta a la manzana. Pasó de nuevo por delante del cine unos dos minutos más tarde, siempre conduciendo muy despacio...

Y entonces, le vio. No en la puerta del cine, sino algo más abajo. Estaba pegado de espaldas a la fachada de un edificio, y le hacía señas de urgencia. Patricia apretó el pedal del gas, y el poderoso y lujoso coche dobló la velocidad en un instante. Mientras se acercaba a Desmond, vio a éste caminando hacia el borde de la acera, y se dio cuenta de su cojera. Parecía a punto de rodar por el suelo. Detuvo el coche junto al bordillo, y se dispuso a salir, pero Desmond abrió la portezuela, y se sentó a su derecha. Cuando le miró vio la intensa lividez de su barbudo rostro.

—¿Qué te ha pasado? —gimió Patricia.

—Te lo explicaré por el camino... Me encuentro mal, Patty. Necesito un lugar donde descansar, y donde podamos atender un agujero así de grande que tengo en una pata.

—¿Un agujero...? ¡Vayamos a mi apartamento y...!

—¡No! Nada de ir a tu apartamento. Es muy posible que vieses antes el número de tu matrícula, y seguro que por la mañana sabrán de quién es el coche, así que también te buscarán a ti. Y si te encuentran, estás lista.

—Pero..., ¿de qué estás hablando?

—Tendrás que llamar a *mistress* Dexter, y decirle que tenga cuidado con su amiga Eleanor. No sé lo que está pasando, pero, sea lo que sea, lo seguro es que aquellos tipos no estaban precisamente preparando una broma: han querido asesinarme.

—¡Oh!

—Conque imagínate lo que querrán hacer con tu amiga Eleanor.

—No es mi amiga. Solo...

—No me cuentes su vida. Ni la tuya. Sólo llévame a algún lugar lejos de Los Ángeles donde puedas descargarme. Luego, me las arreglaré solo, si es necesario. Tú puedes llamar a tu Darling, y decirle que sin comerlo ni beberlo te has encontrado metida en un lío del que no tienes ni idea: O sea, igual que yo. Espero que tu Darling no se moleste demasiado contigo.

—Le tengo bien dominado —sonrió rígidamente. Patricia—. Bien, creo que sé un buen lugar para llevarte, Desmond.

—Estupendo. Me apearé allí y...

—No digas tonterías —murmuró Patricia.

A partir de ese momento, es decir, desde que el coche reanudó la marcha alejándose de los barrios donde Desmond vivía desde hacía un par de años, éste perdió la noción de las cosas. A ratos estaba despejado, y a ratos dormido. Llegó a sentir frío y calor. En ocasiones veía luces, en ocasiones sólo oscuridad. Vio altos árboles, luego la áspera costa, la luna reflejándose sobre el mar. Junto a él veía el nítido perfil de Patricia, que conducía con gran atención. ¡Qué sueño...! Supo que el coche se había detenido. Luego notó en su cuerpo unas manos, y oyó una voz lejana. Entre brumas, distinguió el rostro de Patricia Lamarr. Oía el rumor del mar muy cerca. ¡Blam!, sonó una puerta al cerrarse. Muchas luces. Oscuridad. Voces. Luego, una luz intensísima. Una cara de hombre. Un hombre de unos sesenta años, de cabellos blancos, ojos grandes, grises, inteligentes, la cabeza le dio vueltas, y regresó a la oscuridad.

CAPÍTULO IV

Abrió los ojos, y luego se quedó mirando el techo, sin comprender nada. Luego, se dio cuenta de que, en alguna parte, había una luz rosada. Movi6 la cabeza, y a trav6s del gran cristal vio la playa, y el tono rojo del sol al amanecer. Enmarcando esto, unas bonitas cortinas, listadas en negro y amarillo. El rumor del mar llegaba muy apagado.

¡Qu6 bien se estaba all6! Fue a sentarse en la cama, y entonces not6 un tir6n en la pierna, y en un costado. Consigui6 mirarse, y vio los dos vendajes. Ten6a el torso vendado como el de una momia. Y lo mismo la pierna derecha, desde la ingle hasta por debajo de la rodilla. Estuvo un par de minutos inm6vil, antes de decidir sentarse en el borde del lecho cosa que consigui6 con muchas menos molestias y dolor de lo que esperaba.

Y al quedar sentado vio a Patricia. Estaba tendida en el suelo, junto a la cama, sobre una manta doblada. Ten6a puesto un pijamita de lo m6s gracioso, y como no se hab6a molestado en abrocharlo completamente, y dorm6a de lado, le ve6a completamente un seno... Blanco, terso, menudo. Patricia dorm6a con la boquita un poco entreabierta, como si estuviese dando un beso. ¡Qu6 criatura tan encantadora...! Y es que, claro, quien no tiene una cosa tiene otra. Por ejemplo, Desmond hab6a conocido «se6oras» que ten6an unos senos enormes, provocativos, impresionantes..., y eso era todo lo que ten6an; o sea, que como 6l dec6a, eran pedazos de carne con ojos, y nada m6s. En cambio, Patricia, que estaba m6s flaca que la pata de un canario, era graciosa.

As6 es la vida.

Sobre un sill6n vio sus ropas, y las de la muchacha. Se puso en pie, y consigui6 llegar, cojeando. Le dol6a la pierna, pero no

demasiado. Consiguió cigarrillos, encendió uno, y volvió a sentarse en el borde del lecho. Aquello sí que tenía gracia, hombre: Él dormía en mullida cama y Patty estaba tirada en el suelo. ¡Hasta ahí se podía llegar...!

Y a todo esto..., ¿dónde estaba?

Terminó el cigarrillo, volvió a ponerse en pie, y saltó del dormitorio. Desde luego, el dormitorio era bonito, con aquel especial estilo de buen gusto que estaba caracterizando a Patricia, pero la impresión de Desmond había sido la de que estaba en una casita diminuta de esas que se construyen en la playa para pasar fines de semana... Y no. Era una casa formidable, elegante, bien decorada, adornada con grandes macetones que contenían flores y palmeras enanas. Sólo tenía una planta, pero había tres habitaciones más, un salón enorme, una cocina fantástica, tres cuartos de baño, salida a la playa, garaje posterior...

«Me parece muy bien —reflexionó Desmond—: ¡La nena hace muy bien en sacarle todo lo que puede al Darling! ¡Qué demonios, quien quiera una flor, que la pague!».

Se dedicó a preparar café en la cocina, y mientras tanto se fumó otro cigarrillo y registró el enorme frigorífico, requisando huevos y queso. Así daba gusto vivir: buena casa, buenos muebles, el mar, dinero en abundancia, pocas obligaciones, la vida por delante... ¡Y a los demás que les parta un rayo!

Sí, señor. La lástima era que esto lo estaba aprendiendo demasiado tarde.

Regresó al dormitorio, y depositó la bandeja con la cafetera y las tazas delante de la naricita de Patricia. Se sentó en la cama, y se quedó mirándola de nuevo... Ella no tardó ni diez segundos en mover la naricita. De pronto, abrió los ojos, vio la cafetera, y luego a Desmond, sentado en el borde de la cama.

—Hola... —sonrió—. ¡Buenos días!

Desmond Wells notó un vuelco en el corazón. Como si todo él fuese mucho más grande por dentro, más espacioso, más fresco..., y el corazón se dedicase a hacer cabriolas. Pero gruñó:

—Quizá llueva. ¿Puedes decirme dónde estamos?

Ella se sentó, cruzando las piernas a estilo árabe. Estiró los brazos, bostezó graciosamente, y luego, tras contemplarse un instante el seno descubierto, alargó las manos hacia la bandeja y se

sirvió café.

—Eres sorda, claro —dijo Desmond.

—Si empiezas a mostrarte antipático, me voy y te dejo solo —le miró Patricia.

—Quizá no me importase si supiese dónde estoy.

—Cerca de Malibu Beach.

—Ya. ¿Y de quién es esta choza? ¿De Darling?

—No, es mía. Pero me la regaló él, claro.

—Claro. ¿Quién me ha vendado?

—Un médico que me envió Darling. Le dije lo que ocurría y le pedí que fuese discreto. Entonces, me envió al doctor Merrywale, y eso es todo. No tienes nada importante: tres costillas rotas y un agujero en la pierna. ¡Qué bien huele este café!

—Pues todavía sé hacer cosas mejores. Me he dado una vuelta por esta «cabañita», y he visto las demás habitaciones, así que me pregunto qué necesidad tenías de dormir en el suelo sobre una manta.

—Era por si de noche no te encontrabas bien. El doctor Merrywale te administró un sedante, y dijo que no era nada serio, pero que era mejor que esta noche no durmieses solo.

—Bueno, ya veo que te van a dar el premio de la buena samaritana. Entonces, quedamos en que aparte de nosotros, saben que estamos aquí ese doctor Merrywale y tu Darling. ¿Quién más?

—Nadie más.

—¿No llamaste por teléfono a *mistress* Dexter, como te dije?

—Sí, pero me pareció mejor no decirle dónde estábamos nosotros.

—¿Por qué?

—Porque quizá alguien la esté vigilando, a ella y a Eleanor, y si las seguían, te encontrarían a ti.

—Atiza, vaya sesitos tienes, rica. En resumen, que estamos a salvo, y la vieja también lo está, y la estúpida rubia. ¿No es eso?

—Sí. Por Darling y por el doctor Merrywale no te preocupes: no dirán nada a nadie.

—¿No se ha mosqueado Darling?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Bueno... —masculó Desmond—, al fin y al cabo, creo que soy un hombre, ¿no?

—¡Oh, es por eso...! Bueno, Darling tiene ya sus años, y eso le ha convertido en un hombre muy comprensivo. ¿Sabes lo que va a hacer?

—Pues no... ¿Qué va a hacer?

—Va a contratar un detective privado para que investigue a aquellos hombres que mencionaste... Jim Davenport, Kent Bowman y Foster Larson. ¿No fueron éstos los nombres?

—Sí. Pero me parece que tu Darling se va a meter en un lío. Sería mejor que la llamasas y le dijeras que olvide el asunto.

—Pero si hacemos eso, tú y yo siempre tendremos que estar temiendo que alguien nos mate, Desmond. Y yo creo que es mejor aclarar las cosas y vivir en paz.

Desmond Wells quedó pensativo, fruncido el ceño. ¿Acaso no tenía razón Patty? Vaya que sí. Pero ¿qué se podía aclarar con sujetos como Larson, Davenport o Bowman? Eran tres pájaros de cuenta que tenían montados sus negocios, y no iban a permitir que cualquiera se los estropease. Y menos un par de prostitutas, claro. Sí, señor, Desmond había oído cosas que les habían sucedido a algunas muchachas, y sólo de pensar que le podía ocurrir algo parecido a Patricia, se sintió indispuerto.

—¿Qué te pasa? —murmuró Patricia.

—Nada que te importe —gruñó Desmond—. ¿De modo que tú eres de las que creen que hablando se entiende la gente?

—Generalmente, así es. El señor Davenport, o cualquiera que sea el que haya querido molestarnos a Eleanor y a mí, evidentemente está en un error, de modo que hay que hacérselo saber. Lo que pasa es que no me gustaría que Darling se relacionase con esa clase de gente. No está acostumbrado. Por eso, un detective...

—Tengo una idea mucho mejor —cortó Desmond—. ¿Qué hora es?

—Pues no sé, no tengo ningún reloj aquí. Pero —miró por la ventana— es muy temprano; no creo que sean ni siquiera las ocho.

—Estupendo. ¿Tenemos coche? Quiero decir, aquí.

—Claro.

—Claro. Vaya una pregunta idiota, ¿verdad? ¡Estaría bueno que la niña no tuviese siempre un coche a su disposición! Apuesto a que también es un regalo de Darling.

—Evidentemente —sonrió Patricia.

—Bueno, en cierto modo me resulta simpático. Un sujeto que tiene su mentalidad, tan... comprensiva y liberal, no puede ser malo del todo. En fin, ¿me prestas el coche?

—¡Pero si no podrás conducir!

—Bueno, entonces me llevas a un sitio, me dejas allí, y me esperas bien escondida.

—Está bien. ¿Qué sitio es ése?

—Sorpresa —sonrió malignamente Desmond Wells—. ¡Sorpresa!

* * *

—¡Sorpresa! —dijo en tono festivo Desmond—. ¿A que sí, amigo Devine?

Guy Devine no estaba sorprendido, no... Estaba patitieso por el pasmo, por la incredulidad. Durante un par de segundos no pudo reaccionar. Luego, entornó los párpados, y miró con desconfianza hacia la espalda de Desmond, que sonrió amablemente.

—Vengo solo, desarmado, y en son de paz —aseguró.

Devine, todavía en pijama, se apartó. Desmond entró en el apartamento, mirando a todos lados, al parecer muy tranquilo. Devine cerró la puerta, y señaló pasillo adelante. Llegaron a la salita, el pandillero señaló uno de los sillones, y cuando Desmond se hubo sentado, lo hizo él, en el centro del sofá, muy cerca del borde. Miraba a Desmond como si éste estuviese loco... Ya lo peor, tenía razón: la noche anterior, Desmond les había zurrado de lo lindo a él, a Roberts y a Spigel. Tanto, que Spigel había muerto, y Roberts estaba en el hospital, con la boca hecha una lástima. En cuanto a él, tenía todavía el pecho como hundido, como si lo hubiese sometido a la presión de una prensa... ¡Y ahora, aquel loco se presentaba allí en son de paz!

—Caramba —dijo de pronto Desmond—, ¡sí que duerme usted hasta tarde, Devine! ¡Son más de las once de la mañana!

—Yo hago lo que me da la gana —gruñó Devine—. ¿Qué es lo que quiere usted?

—Pues... Oh, bien: ¿cómo están tus compañeros?

—Roberts está en el hospital, a ver si pueden arreglarte la boca. Spigel murió.

—¡Murió...! ¡Cuánto lo siento! Naturalmente, asistiré a su sepelio, ya que mi intención...

—No habrá sepelio, puesto que su cadáver ha sido escamoteado. Pero si va a haber sepelio de usted, Wells. No entiendo quién le mete en nuestras cosas, pero sabemos bien quién es usted, y que le gusta meter las narices en todas partes.

—Yo no diría tanto —refunfuñó Desmond—. Sólo soy ligeramente curioso. Además, como usted, yo también hago lo que me da la gana..., generalmente. Sólo que esta vez, la cosa me ha parecido que debe ser resuelta por las buenas.

—¿Qué cosa?

—Pues de eso se trata. ¿Por qué se metieron ustedes con la rubia? ¿Acaso no quería pagar su cuota de inscripción a la liga de chicas descarriadas?

—Usted es de esos tipos a los que se les corta la lengua con mucho gusto.

—¿La lengua?

—Sí.

—Ah, bueno, si sólo es la lengua...

—Se está pasando, Wells. Podemos cortar muchas más cosas.

—Eso me temo —suspiró Desmond—. Y por eso quiero hablar con Davenport.

—¿Con quién?

—Con James Davenport, el jefe de usted. Vamos, no se haga el idiota; quiero decir, que no se esfuerce en parecerlo aún más. Sé que trabaja para Davenport, y conozco buena parte de su tinglado, sólo que hasta ahora me ha tenido sin cuidado.

—¿Y por qué le preocupa ahora?

—Escuche, Devine, sé que ustedes tienen órdenes de buscarme y liquidarme, ¿no es cierto? Pues he preferido...

—¿De dónde saca que queremos liquidarle? Que yo sepa nadie ha dado esa orden, por el momento.

—Mire, si vamos a hablar como tontos, es mejor que lo dejemos. Anoche, algunos de sus amigos, y hasta es posible que usted estuviese entre ellos, vinieron a mi apartamento a liquidarme. Por eso, yo pref...

—Nadie fue a liquidarle a usted, Wells. Anoche, el señor Davenport estaba muy ocupado, y no pudo atendernos como habría sido necesario, así que el asunto quedó para ser resuelto en el día de hoy. De modo que ya lo sabe.

—Bueno..., quizá fueron los muchachos de Larson los que me atacaron. O los de Bowman... ¿No?

—No.

—Vi a dos chicos de Bowman cuando escapaba después de nuestro pequeño tropiezo. Si ellos intervienen...

—Anoche, después de aquello, tuvimos que ocuparnos de Spigel y de Roberts. Además, tuvimos una... reunión general, para resolver pequeños problemas de... coordinación. Usted, para nosotros, no es nada, no es nadie. Podemos encontrarle siempre que queramos, de modo que no nos preocupa.

—¿Qué es lo que les preocupa a ustedes? ¿Que una o dos chicas callejeras o quizá de lujo no abonen sus cuotas?

Guy Devineladeó la cabeza y entornó los párpados. Durante unos segundos estuvo contemplando a Desmond, en silencio. Por fin, hizo un gesto despectivo, y murmuró:

—Diga exactamente qué es lo que pretende usted al venir aquí, Wells.

—Quiero ver a Davenport, hablar con él.

—Hablar, ¿de qué?

—Usted no es Davenport.

—¿Sabría decirnos dónde está la rubia de ayer, Wells?

—Quizá.

De nuevo le estuvo contemplando Devine en silencio unos segundos. Por fin, se puso en pie.

—Voy a llamar por teléfono desde el dormitorio. Quédese aquí quietecito, sin tocar nada, ¿comprende?

—Sí, señor maestro.

Devine le dirigió una torva mirada, y abandonó la salita. Segundos después, Desmond oía el girar de un disco telefónico. Luego, la voz de Devine, pero no pudo entender ni siquiera una palabra. Tres minutos más tarde. Devine reaparecía en la salita.

—Está usted de suerte: el señor Davenport está en estos momentos en el gimnasio; y los días, que hace gimnasia es que está de excelente humor. Espero que nos recibirá.

—¿Cómo, que lo espera? ¿No ha hablado con él?

—Con su mayordomo. Pero yo sé lo que hago. Me visto en un par de minutos y vamos para allá... Es usted un tipo de agallas, Wells, tengo que admitirlo. Otro estaría escondiéndose como un

conejo, después de la escaramuza de anoche.

—Yo, de conejo, no tengo nada. Lo único que me gustan son las zanahorias.

—Chistoso... —sonrió Devine—. ¡Realmente chistoso! Dígame una cosa: ¿por qué cojea usted?

—Metí una pata hasta la ingle en el agujero de una alcantarilla, y me mordieron las ratas.

—Chistosísimo —sonrió de nuevo Devine, como si le doliese la barriga.

CAPÍTULO V

Los dos coches se detuvieron delante de la mansión donde vivía James Davenport, después de recorrer el sendero de losas separadas, por el césped. A la izquierda habían dejado un estanque en el que una ninfa lanzaba agua desde su boca. Era sencillamente horrible, y de lo más ostentoso. Habían setos, parterres, grandes macizos de flores, árboles... La casa era blanca, enorme. Seguramente, de esas que tienen treinta habitaciones y casi el mismo número de cuartos de baño. O más.

—¿Te duele la pierna? —preguntó Patricia.

Desmond movió negativamente la cabeza. Le dolía, pero muy poco, ésa era la verdad. Evidentemente, el doctor Merrywale sabía cómo practicar una cura, y, además, la herida debía ser limpia, sin complicaciones. En cuanto a las costillas, le dolían sólo cuando después de estar un rato sin moverse, iniciaba el movimiento.

Los dos miraban a Devine, que se había apeado del coche que, había conducido guiándose hasta la mansión de Jim Davenport. Le vieron entrar en la casa, y salir apenas diez segundos más tarde. Con él salía otro hombre, que señaló el edificio plano y con muchos cristales que se veía a cierta distancia en el jardín, rodeado de césped y flores. Devine les hizo una seña, y continuó caminando hacia aquel pequeño edificio.

—Debe ser el gimnasio —dijo Desmond—. Sería mejor que esperases aquí, Patty.

—Claro que no. Voy contigo.

No valía la pena discutir. Si Davenport estaba dispuesto a avenirse a los razonamientos de Desmond, todo iría bien. Si no estaba dispuesto a aceptarlos, lo mismo daba que Patricia estuviese a mil metros de distancia que a tres. Pero Davenport debía de ser un

hombre muy inteligente... Ya había muerto un hombre, el tal Spigel: ¿por qué complicar más las cosas? Sin duda debía haber un modo de conseguir que dejase en paz a chicas como Eleanor y Patricia, que, aunque eran lo que eran, realizaban sus «labores» en un ambiente que no tenía por qué quedar bajo el control de Davenport y sus amigos. Diferente sería que fuesen chicas de tugurio, o callejeras, pero...

Patricia le había abrazado por la cintura, de modo que llegó muy descansado al gimnasio. Devine estaba llamando a la puerta, pero no obtuvo respuesta.

Sorprendido, la empujó, diciendo:

—Quizá se está duchando ya, y no nos oye. Entremos, Wells.

Entraron en el gimnasio. No era muy grande, pero podía considerarse enorme si se tenía en cuenta que era privado, para una sola persona. La cual, por cierto, estaba allí, en el gimnasio, no en la ducha. Le vieron en seguida, caído de bruces sobre el piso de madera, junto a una bicicleta estática en la que sin duda había estado pedaleando.

—¡Señor Davenport! —exclamó Devine, echando a correr hacia él.

Desmond también se acercó. Estaba llegando junto a los dos cuando Devine le daba la vuelta a Davenport... Y los dos se quedaron mirando, sin comprender, el gran manchurrón de sangre que empapaba el elegante «mono» de deporte; todo el pecho estaba convertido en una costra de sangre.

El más listo de los dos fue sin duda alguna Desmond. Su mirada fue hacia las ventanas situadas enfrente mismo de la bicicleta, es decir, de las que estarían frente a una persona que estuviese pedaleando en aquella bicicleta. Y, en efecto, el cristal de una de ellas estaba roto, y los pedazos yacían en el suelo.

Cuando miró a Devine, respingó. Éste le apuntaba al pecho con una pistola y estaba tan pálido, quizá más, que su recién fallecido jefe.

—Ponga las mano en la cabeza, Wells —dijo con voz tensa.

—Espere, Devine; se está equivocando. ¿Cómo podría yo...?

—Haga lo que le digo.

Desmond obedeció, tras colocar él personalmente las manitas de Patricia también sobre su cabeza, haciéndole entrelazar los dedos.

Devine les registró, colocándose detrás de ellos. Claro está, no encontró arma alguna.

—Atienda, Devine; nosotros no tenemos nada que ver con esto, se lo aseguro.

—Eso ya lo veremos. Salgamos de aquí. Voy a dejarles con el mayordomo mientras telefono a unos amigos. Quien haya sido el que se ha cargado al señor Davenport, no sabe lo que ha hecho, créanme.

—Dispararon desde allí —señaló Desmond la ventana con la barbilla—. Mejor dicho, desde alguno de los árboles del jardín. ¿No comprende que ni Patty ni yo hemos podido hacerlo? Maldita sea, Devine, ¡no nos complique más la vida!

—Bueno, cierre la boca y camine. Usted también, zorrita. Ya veremos lo que hacemos con ustedes.

Pareció que Patricia fuese a decir algo, pero Desmond le hizo una seña, y comenzaron a caminar los dos, hacia la puerta. A la derecha había un «caballo» de gimnasio, y sobre éste dos mazas de las que se utilizan para desarrollar los hombros, parecidas a palos de *baseball*, pero más cortas y más gruesas y pesadas, estaba claro que Davenport había sido un buen deportista.

Desmond emitió un gemido, se tambaleó, y se desvió rápidamente hacia la derecha, para apoyarse con ambas manos en, el «caballo» de saltos, mientras Patricia, que llegó al mismo tiempo y le sujetó por la cintura, preguntó, anhelante:

—Desmond..., ¿qué te pasa? ¿Te duele...?

—Estoy bien —musitó él—. Pasará en seguida... Ha sido como un mordisco en la pierna.

—¡Ya te dije que no debías caminar tan pronto!

—Bueno, cierra la boquita, ¿quieres? —gritó Desmond—. Ya soy mayorcito para escuchar regañinas. Tómeselo con calma, Devine —le miró—; no puedo caminar.

Devine soltó un gruñido, y miró hacia las piernas de Desmond, esperando ver los pantalones manchados de sangre. Pero no vio nada de esto...

Lo que vio fue las estrellas, cuando una de las mazas para desarrollar los hombros, lanzada rápidamente por Desmond, le alcanzó en plena frente. La cabeza de Guy Devine crujió como un melón, y mientras él caía de espaldas, la pistola saltaba hacia el

techo..., para caer al suelo un instante después de que lo hubiese hecho su propietario, tieso como una momia.

Patricia, que había lanzado un grito de espanto, se quedó mirando con expresión alucinada a Desmond, que señaló la pistola caída en el suelo.

—Pronto, dame eso. ¡Y mira a ver si el idiota de Devine está vivo o muerto! ¡Vamos, muévete!

La muchacha recogió la pistola, y la entregó a Desmond, que la guardó en un bolsillo del pantalón. Luego, examinó a Devine. Miró a Desmond, y movió la cabeza.

—Está vivo —tartamudeó.

—Menos mal... Bueno, ¡larguémonos de aquí!

—¿A... adonde?

—¡Serás tonta! ¿Qué importa eso? ¡Hay que largarse, eso es todo! En cuanto el mayordomo se entere de lo que está ocurriendo, empezará a llamar por teléfono, y esto va a llenarse de tipos que nos buscarán como si fuésemos oro. ¡Maldita sea mi estampa, todo lo que se hacer es meterme en líos!

Echó a andar furiosamente hacia la puerta, seguido por Patricia, que en seguida le abrazó por la cintura.

—¡Aparta tus tentáculos de mí, pulpo! —estalló Desmond—. ¡No es momento de tonterías!

—Pero, Desmond, solo... sólo quiero ayudarte...

—¡Pues si quieres ayudarme empieza a correr hacia el coche, y ponlo en marcha!

La muchacha no se hizo repetir la orden. Llegó al coche, lo puso en marcha, y hasta tuvo tiempo de acudir al encuentro de Desmond, cuyo caminar no era precisamente ágil. Cuando se sentó junto a Patricia, estaba pálido.

—¡Vámonos a todo galope, Patty!

Ella comenzó a maniobrar..., mientras el mayordomo aparecía en el porche. Claro, les había visto a los dos, no había visto a su amo y señor, ni a Devine, y la cosa no debió gustarle.

—¡Eh! —llamó el hombre—. ¡Eh, esperen...!

—Acelera —gruñó Desmond.

El coche saltó, como a punto de despegar. El mayordomo, que estaba en el borde del gran porche ahora, lanzó una imprecación, sacó una pistola de la axila izquierda..., y Desmond le disparó,

desde la ventanilla, utilizando la pistola de Devine. Dentro del coche, el trallazo del disparo resonó con fuerza, pero no así en el exterior, que apenas debió oírse. La bala no acertó al mayordomo, pero le asustó hasta el punto de que, al retroceder, cayó sentado.

¡Crack!, volvió a disparar Desmond. Esta vez, la bala rebotó junto al hombre, que había palidecido, y que se apresuró a girar para alejarse de la fácil trayectoria de las balas disparadas por Desmond.

Pero éste ya no quería disparar más. En cuanto estuvo fuera del alcance del mayordomo, dejó de hacerlo, y se quedó mirando al hombre, vuelta la cabeza hacia atrás. El mayordomo se puso en pie, vaciló, y echó a correr hacia el gimnasio. Desmond se colocó bien en el asiento, y miró con expresión desorbitada a Patricia.

—Madre mía... —jadeó—. ¡En cuanto ese tipo llame a los amigos de Davenport, se va a organizar una buena, ya lo verás!

—¿Cómo está tu pierna?

—¡Mi pierna está bien! —Se irritó Desmond—. ¡Te estoy hablando de nuestros pescuezos y tú te pones a hablar sólo de una pierna!

—Yo creo que lo mejor sería que llamásemos a Darling, y que él avise a la policía de lo ocurrido. Mientras tanto, nosotros podríamos volver a Malibu, y quedarnos a salvo en la casa, esperando acontecimientos.

Desmond Wells no contestó. Pero, al cabo de unos segundos, preguntó:

—¿No te interesa saber quién ha asesinado a Davenport?

—La verdad es que no.

—Pues a mí, sí. ¡Y sobre todo, me gustaría saber qué está pasando! Porque, vamos, si todo esto ocurre porque dos chicas no quieren pagar, es una estupidez. Yo creo que no es por eso... No. Tiene que ser algo relacionado con tu amiga Eleanor...

—Desmond, ¿cómo puedes ser tan terco? —protestó Patricia—. ¡Eleanor Mitchell no es amiga mía! La conocí ayer, cuando fui a recogerla para hacerle un favor a mi vecina, *mistress* Dexter, eso es todo.

—A mí, lo que me sorprende, es que una dama como *mistress* Dexter sea amiga de una furcia como Eleanor.

—Estás equivocado —dijo pacientemente Patricia—. Estoy

segura de que Eleanor no es eso que dices. Ni yo tampoco.

—Entonces, admitiendo que estáis en otra... categoría en la profesión..., ¿qué querían de vosotras los hombres de Davenport anoche? Mejor dicho: ¿qué querían de Eleanor?

—Eso debe saberlo ella, no yo. Aparte de que, seguramente, se trata de una confusión.

—No... No lo creo. Por la actitud de Devine antes, no me parece que estuviesen confundidos: buscaban a Eleanor. Podríamos llamar al apartamento de *mistress* Dexter, y..., ¡maldición!

—Quizá no se hayan marchado —dijo Patricia—. Me pareció que *mistress* Dexter se asustaba cuando le dije lo que ocurría, pero quizá no se hayan marchado.

—Busca un teléfono por ahí, y llama a su apartamento. Vamos a ver si tenemos suerte.

Quince minutos más tarde, Patricia volvía a sentarse junto a Desmond y ante el volante, después de haber estado llamando desde una cabina ante la cual se habían detenido.

—No hay nadie en el apartamento de *mistress* Dexter.

—Mala suerte. Bueno, al menos sabemos que se han puesto a salvo.

—Esperemos que sí. He dejado el recado a Sandy, el conserje.

—¿Qué recado?

—Pues, el número de teléfono y la dirección de mi casita de Malibu Beach, para que *mistress* Dexter pueda llamarnos allí en cuanto regrese a su apartamento. O quizá se le ocurra llamar a Sandy precisamente para saber si tiene noticias nuestras.

—Estupenda idea —aprobó Desmond.

—¿De veras? —Se pasmó Patricia—. ¿He hecho algo que te ha parecido bien?

—¿Estás buscando pelea? —Gruñó él.

—No, señor —refunfuñó la muchacha—. No busco pelea, ni busco nada, pero me gustaría que alguna vez dijeras, aunque fuese un simple «gracias».

—No tengo por qué dar las gracias a nadie. A fin de cuentas, tú me metiste en este lío. Y te diré una cosa: preferiría ser el hombre más buscado por el FBI que el más buscado por los amigos de Davenport. No sé si me entiendes.

—Lo único que entiendo es que eres un estúpido.

—Y tú una flaca.

—Sí, pero yo puedo engordar.

—Te las das de graciosa, ¿eh? ¿Qué te apuestas que bajo de este coche y no vuelves a verme nunca más en toda tu vida al servicio de Darling?

—¡No tienes narices para bajar de este coche, y quedarte solito y a pie, estando herido! ¡No tienes...!

¡Blam!, pareció explotar la portezuela del coche al ser cerrada desde el exterior por Desmond Wells. El cual, se alejó del vehículo, caminando por la acera a grandes zancadas, hasta que no pudo resistir el dolor, y aflojó la marcha.

—Desmond... —Sonó la voz de Patricia a su derecha—. Desmond, por favor, sube al coche. Estaba irritada, eso es todo. ¡Oh, vamos, no seas terco y sube al coche!

Desmond volvió la cabeza, y la vio conduciendo lentamente, pegada al bordillo. La expresión de la muchacha era suplicante, y, sin saber por qué, esto le enfureció aún más. Así que se detuvo, y la amenazó con un puño.

—¡Déjame en paz, ramerilla de lujo! —vociferó—. ¿Te quieres enterar de una vez? ¡Vete al demonio y déjame en paz! ¡Y que te acompañen tus amigas Eleanor y la vieja bruja en tu viaje al infierno! ¿Está claro? ¡Pues largo, tía larga!

Algunos transeúntes se habían detenido, y contemplaban con estupefacción a Desmond, y luego a Patricia, que había palidecido intensamente... De pronto, la muchacha se colocó bien ante el volante, y partió rápidamente de allí.

Un par de manzanas más abajo, Desmond Wells encontró un *snack* y entró en él, de una mala uva tremenda. Era la hora de almorzar algo, desde luego. Pero cuando lo estaba haciendo, acompañándose con rica y fresca cerveza, se dio cuenta de que todo le sabía a pura y simple porquería, y que todo lo que estaba haciendo era pensar en Patricia Lamarr. ¡Pues sí que estaba bien la cosa! ¡Hasta ahí se podía llegar, vamos...!

—¿Puede prestarme el directorio telefónico? —pidió al camarero—. Por nombres.

Éste asintió, y segundos después colocaba el librote ante él. Desmond apartó el resto de su parco almuerzo, haciendo señas para que lo retirasen definitivamente y se dedicó a terminar la cerveza

mientras buscaba el nombre. Primero el de Larson, luego el de Bowman. Pidió un bolígrafo, y anotó las direcciones y teléfonos de ambos en una servilleta de papel. Muy bien, ya tenía las direcciones particulares de Foster Larson y Kent Bowman, aquella gentecilla colega y amiga de Davenport. ¿Y ahora?

Tras meditar, cambió un par de dólares en monedas, y fue al teléfono, que estaba al fondo.

Decidió llamar en primer lugar a Foster Larson.

—¿...?

—Quisiera hablar con el señor Larson.

—...

—¿No está? Bien, dígame dónde está; es urgente.

—¿...?

—¿Yo? Devine, del grupo de Davenport. Precisamente, tengo un recado del señor Davenport para el señor Larson. Y ya he dicho que es urgente.

—¿...?

—El señor Davenport no puede comunicarse directamente con el señor Larson porque está herido. Ha sido víctima de una ataque, y eso es precisamente lo que tengo que tratar con el señor Larson. Oiga, amigo, no le estoy pidiendo que me cuente su vida, sólo que me diga dónde puedo encontrar cuanto antes al señor Larson; sólo eso..., y nada menos que eso.

—En el club de tenis... Bien. No recuerdo el nombre de ese club...

—Ah, sí, el Tennis Beach Drive. De acuerdo, salgo para allá en seguida. Y gracias... Pero espere. Quizá a estas horas ya haya terminado, y esté camino de casa para almorzar. ¿No le parece?

—Ah. Sí, entiendo, está citado para almorzar con parte del profesorado en el club. Claro, entiendo. Bueno, es todo, gracias de nuevo.

Colgó, y se dirigió hacia la calle. No había entendido nada, en lo referente al profesorado que le había mencionado el criado. El señor Larson no iría a almorzar a casa, precisamente porque estaba citado con el profesorado para almorzar en el club de tenis. El profesorado. Profesorado... ¿de qué? ¿De tenis?

En la calle se encontró con otro problema. No tenía coche. De modo que tuvo que llamar a un taxi. Cuando le preguntó al taxista

si sabía dónde estaba el Tennis Beach Drive el hombre asintió, y señaló a lo lejos.

—Lo sé perfectamente, y le aseguro que no está a la vuelta de la esquina. Se lo digo porque la carrera le va a costar un buen puñado de dólares, amigo.

—¿Y qué? ¿Acaso no tengo cara de pagarlos?

El taxista encogió los hombros, y puso rumbo al club de tenis en cuestión, mientras Desmond cada vez más irritado, pensaba que no tenía por qué seguir complicándose la vida. Podía largarse de Los Ángeles, a cualquier parte, bien lejos, y así se evitaba los disgustos que pudiera acarrearle aquel asunto. Malo era tener que ir a ver a Larson para darle explicaciones; malo era también saber que Guy Devine debía estar organizando su búsqueda y captura o muerte con todos los efectivos de pandilleros de traje y corbata elegantes. Pero lo más malo de todo era que, más que por sí mismo, estaba preocupado por Patricia Lamarr.

—Al demonio... —Acabó por decir—. ¡Que vaya a esconderse con su querido «Darling»! Así ese viejo puerco aprenderá que hay que estar a las frías y a las calientes. Y yo, a lo mío.

CAPÍTULO VI

El camarero le había señalado aquella mesa, y Desmond se acercó, cojeando. La mesa, como otras varias, estaba junto a la pista número uno del Tennis Beach Drive, separada por una alta verja de protección. Desde la terraza donde se tomaban aperitivos y tragos de media tarde se veían varias pistas, se podía tomar, el sol o la sombra, y, en opinión de Desmond, el que no lo pasase bien allí era porque era un cretino, simplemente.

El ambiente era grato, elegante. Todo de buen gusto, empezando por los jardines, los toldos del edificio social, el estacionamiento, retirado y sombreado... Todo.

A medida que se acercaba, Desmond contemplaba a las personas que ocupaban aquella mesa, tomando plácidamente el sol y un aperitivo, pese a que ya era un poco tarde para el almuerzo. Pero, cada cual come cuando le viene en gana..., a menos que sea un noble productor, en cuyo caso, come cuando se lo permite el trabajo, que es lo que más dignifica al hombre..., después del dinero.

Tras estas filosofías, Desmond se dijo que debía prestar más atención a las personas que ocupaban aquella mesa. Eran dos hombres y tres mujeres. Pero ¡qué cinco ejemplares, santo cielo! Como Desmond era sincero consigo mismo, hacía ya tiempo que había reconocido que era un guapo sujeto, impresionante, atractivo con su buena facha... Bueno: pues casi resultaba feo comparado con aquellos dos hombres. En cuanto a las chicas, eran sencillamente despampanantes. Bellísimas, elegantes, jóvenes, de mirada inteligente y noble aspecto... El colmo, vamos.

Sintiéndose poco menos que una cucaracha, Desmond llegó junto a la mesa, y se detuvo. Durante unos segundos, los dos guapos

caballeros y las tres bellísimas damas, continuaron charlando entre ellos, pero pronto se quedaron mirándolo, expectantes.

—¿Desea algo? —preguntó uno de los hombres.

—Estoy buscando al señor Larson, y me han dicho que ésta es su mesa, y que ustedes son invitados de él.

—Así es. El señor Larson está en la ducha, en estos momentos.

—Sí, lo he supuesto... ¿Ustedes son del profesorado?

Las cinco miradas quedaron fijas en él, inescrutables. Ni un solo párpado se movió. Los dos guapos caballeros, impecables, parecían de piedra. Debían tener poco más de treinta años. Las chicas, alrededor de veinticinco. Había dos rubias y una morena. La morena estaba además tan bronceada por el sol que Desmond pensó que no debía haberse pasado el verano trabajando, precisamente. Las otras tenían la piel dorada, preciosa, delicada. Eran cinco personajes fantásticos en su porte y belleza.

—¿Es usted nuevo? —sonrió de pronto una de las chicas.

—Así es. Me han enviado a hablar con el señor Larson.

—Buena facha sí tiene —comentó la morena—. Bueno, querido, tráete una silla y siéntate con nosotros. El señor Larson no tardará en salir de los vestuarios... ¿Cómo te llamas?

—Alexander.

—No está mal. La morena te gusta, ¿verdad? —afirmó más que preguntó una de las pelirrojas.

—Psé...

—¿Cómo, psé? —rió la morena—. ¡O te gusto o no te gusto, querido Alexander!

—Bueno, pues me gustas —le guiñó un ojo Desmond.

—Nada de complicaciones de esta clase —dijo la otra rubia—. Pero ya te enterarás. Supongo que lo primero que harás será comprarte ropa y demás. Bueno, yo soy Mirna, ésta es Glenda, y la morena es Belinda. Ellos son Waldo y George.

—Hola —saludó Desmond, alzando una mano.

—Siéntate de una vez, y toma un martini —dijo Waldo.

—Bueno, antes que nada quisiera conversar sólo unos segundos con el señor Larson, de modo que si no os importa, iré a los vestuarios. ¿Por dónde...?

Belinda señaló, y Desmond volvió la cabeza. De buena gana se habría marchado de allí en aquel mismo instante, pero eso ya ni

siquiera era posible: delante del edificio destinado a vestuarios, magistralmente rodeado de árboles que le proporcionaban sombra, vio a dos de los hombres de Larson, salvo que estuviese muy equivocado. No eran los que la noche anterior habían aparecido corriendo, pero sí sabían que eran de Larson. Y además, de los más allegados. Más claro: sus guardaespaldas. Elegantes, discretos, con aspecto de ejecutivos de altísimo nivel, eso sí. Hay que estar al día, hermano.

Comprendió que lo mejor que podía hacer era afrontar la situación, ya que, a fin de cuentas, para eso estaba allí. Se despidió con un gesto del grupo de hermosos profesores (profesores, ¿de qué?), y segundos más tarde saludaba con otro gesto a los dos amigos de Foster Larson.

—¿Qué tal? —sonrió—. Voy a pasar a saludar al señor Larson.

—Es mejor que espere aquí. Ahí no se permite la entrada a los no socios.

—Nadie sabe si soy socio o no, así que...

—Nosotros lo sabemos —sonrió perversamente su interlocutor—. ¿Verdad, Dingham?

—Verdad, Mulford. Yo diría que este caballero es un tipo famoso por cierto barrio, amigo de todo el mundo, que responde al nombre de Wells, o algo así, y que anoche se metió en un lío.

—De eso se trata —refunfuñó Desmond—: quiero deshacer ese lío. Vamos, sean buenos chicos y déjenme charlar unos segundos con el señor Larson.

Mulford miró la hora en su reloj de pulsera, y frunció el ceño.

—Parece que se haya dormido en la ducha, ¿verdad? —Gruñó Dingham—. Seguro que no queda nadie más que él ahí dentro:

—¿Qué quieren decir? —Respingó Desmond.

—Está bien claro: todos los que han estado jugando hasta última hora antes del almuerzo han salido ya, y se han marchado a sus casas, o están en el comedor del club. En cambio, el señor Larson parece que se haya dormido.

—Je, je... Si, seguramente está echando la siesta. Bueno, seguiré esperando. Estaré allí, en el bar cerrado. Ya lo veré cuando salga.

—Buena idea. Nosotros le iremos a buscar si el señor Larson acepta charlar con usted.

—Ah, magnifico. Bueno, pues: hasta ahora mismo, amigos.

Se dirigió hacia el edificio social, en cuya entrada había un elegantísimo portero que le miró con el ceño fruncido. Pero, indudablemente, le había visto conversando con Dingham y Mulford, porque no se opuso a que entrase en el club. Ignorando las miradas que todos le dirigían, Desmond fue a ocupar una mesita. Sacó un cigarrillo, se lo puso en los labios, y comenzó a palparse el cuerpo. Por fin tras fruncir el ceño, hizo una seña aun camarero que se acercó rápidamente.

—Diga, señor.

—Primero, deme fuego —dijo Desmond; y bajando la voz, añadió rápidamente—: Luego, vaya a los vestuarios, vea al señor Larson y dígle que Devine le está esperando aquí. Sólo eso. Y sin que nadie se dé cuenta del recado. ¿Me comprende?

—Sí, señor, pero...

—El señor Larson se va a mostrar muy agradecido con usted, amigo. Le aseguro que la suya va a ser una gestión importante. Sólo se trata de llevar un recado, hombre.

—Está bien, señor.

Por entre el humo del cigarrillo, Desmond vio salir al camarero del local social. Poco después, pasaba juntó a Dingham y Mulford, que, naturalmente, no hicieron caso a un camarero del club; ni siquiera sabían, por el momento, que aquel camarero había estado charlando con él... El camarero entró en los vestuarios. Oculto tras una de las plantas que adornaban el local, mirando a través de los cristales, Desmond Wells permaneció inmóvil, atentísimo, con el ánimo en suspenso..., hasta que, en efecto, vio reaparecer al camarero, con el rostro tan blanco como la chaquetilla, y por supuesto con el susto metido en el cuerpo. Les dijo algo a Dingham y Mulford, que estaban tan cerca, y Desmond les vio a ambos respingar, y echar a correr hacia el interior de los vestuarios, mientras el camarero corría hacia el edificio principal del Tennis Beach Drive.

Segundos después, entraba, poco menos que corriendo, y corría a comunicar con un elegante y serio caballero de mediana edad, que palideció. Hubo unos segundos de conciliábulo. El caballero de mediana edad negaba con la cabeza, y terminó por descolgar el auricular de uno de los teléfonos de la recepción.

Desmond Wells se puso en pie, y despacio, muy tranquilo, se

dirigió hacia la puerta. Salió al jardín, miró hacia la mesa donde habían estado departiendo los cinco bellos ejemplares de la fauna humana, y ya no les vio allí. Claro: estaban delante de los vestuarios. En aquel momento salía Dingham, que habló rápidamente con ellos. Desmond se ocultó entre unos arbustos rápidamente, pasó a un senderillo que conducía a la piscina, lo abandonó para cruzar una hermosa y amplia zona de césped, y de este modo llegó en pocos segundos al estacionamiento. Estaba terminando de cruzarlo cuando oyó las veloces pisadas, el taconeo, y al volver la cabeza vio a los cinco bellos ejemplares, que llegaban y se separaban yendo cada uno de ellos a un coche.

En cierto modo, tuvo suerte. La última en dirigir su coche hacia la salida del estacionamiento fue Belinda, cuando ya los demás se alejaban. Entonces. Desmond se dejó ver, apareciendo de entre los árboles, haciendo señas con los brazos. Belinda detuvo el coche a su lado, y se quedó mirándole fijamente.

—No sé bien lo que ha pasado, pero algo ha pasado —dijo rápidamente Desmond—. ¿Puedes llevarme lejos de aquí, Belinda?

—Sube. ¡Date prisa!

Desmond rodeó el coche, y se sentó junto a la muchacha, que arrancó de nuevo a todo gas. En pocos segundos estaban alejándose del Tennis Beach Drive..., y no tardaron mucho en cruzarse con un coche de la policía lanzado a toda velocidad.

Belinda miró de reojo a Desmond.

—Han matado al señor Larson —murmuró.

—Me lo temía.

—¿Cómo que lo temías? —Casi gritó Belinda.

—¿Acaso no sabes que se han cargado también a Davenport?

—No —palideció ella—. ¡No!

—Pues sí. Todo lo que yo quería era pedirle a Davenport explicaciones sobre cierto asunto, pero le encontré muerto. Cuando hace unos minutos, Mulford y Dingham han dicho que el señor Larson llevaba ahí dentro más rato que nadie, he comprendido que también le habían matado. Y como no quería discutir con Dingham ni Mulford, he enviado un camarero para que descubriese el cadáver.

—Pero..., ¿de parte de quién estás tú?

—¿De cuál ha de ser? ¡De la nuestra! Precisamente, el señor

Davenport me tenía contratado para que descubriese un traidor que se ha introducido en el grupo... Y ahora, del grupo, solamente queda vivo el señor Bowman, Habrá que avisarle.

—Pero... yo... ¡yo no entiendo nada de nada, Alexander!

—¿Vives sola?

—Sí... Claro.

—Bueno, vamos allá. Y déjame hacer a mí. Sobre todo, no perdamos la cabeza. ¿Todos los demás viven cada cual por separado?

—Sí, sí, todos vivimos solos.

—Estupendo. Así nadie nos molestará. ¿Dónde vives?

* * *

Belinda vivía en Alambra, cerca de Lincoln Park, en un edificio de veintiséis pisos, de los cuales ocupaba un apartamento en el vigésimo segundo. Desde allí se podía ver con comodidad Beverly Hills, y al fondo, el mar, de un gris difuminado en aquel día tibio de otoño. Tan tibio, que el apartamento estaba convertido en un pequeño horno, lo cual causó evidente disgusto en Belinda.

—¡Ya ha vuelto a estropearse el aire acondicionado! Estoy harta de este lugar... ¡El mes que viene me cambio a otro apartamento!

—Yo creo que sería más barato poner una instalación nueva para el aire acondicionado —sonrió Desmond.

—Quizá tengas razón —sonrió de pronto Belinda—. A veces tengo cada tontería... ¿No vas a llamar al señor Bowman?

—Inmediatamente —asintió Desmond.

Fue hacia el teléfono, marcó un número, y esperó. No mucho. Quizá diez o doce segundos...

—¿...?

—Quiero hablar con el señor Bowman: soy Alex. De James Davenport... ¿Qué? ¡Ya sé lo que ha pasado con el señor Davenport! ¡Y lo mismo acaba de ocurrir con el señor Larson!, por eso quiero que me ponga inmediatamente con el señor Bowman. ¿Está claro?

—Sí, está bien, espero. Exacto. —Desmond se sentó en un sillón, y suspiró, mirando a Belinda, que le contemplaba atentamente—. ¡Demonios, qué calor! ¿No puedes abrir alguna ventana?

Ella asintió. No abrió ninguna ventana, sino la doble puerta que comunicaba con la terraza. Salió a ésta, y bajó el toldo, de

refrescante color azul pálido. Sólo en el cambio de iluminación pareció que el ambiente refrescase. Una suave brisa, además, cruzó la estancia, aliviando a Desmond, que sonrió a Belinda cuando ésta regresó de la terraza.

—¿Quieres tomar algo? —propuso ella.

—Sí, cualquier cosa. Me sentaría bien un *whisky* con hielo para éste... ¿Señor Bowman? Buenas tardes, soy... ¡Por favor, no grite! Desde luego, que es cierto lo que le ha dicho a su criado... ¿Qué? Escuche, señor Bowman, yo estoy... o estaba directamente a las órdenes del señor Davenport, de modo que no tenía por qué estar informándole a usted precisamente de lo que ocurría. Simplemente, se me ocurrió ir a decírselo al señor Larson... ¿Que cómo ocurrió? Pues no lo sé. Sí, sí, en el club de tenis. De todos modos, tengo una idea sobre cómo pudieron ocurrir las cosas: el asesino esperó a que el señor Larson terminara su partido de tenis, y estuvo vigilándole, cuando supo que estaba solo en los vestuarios, entró..., y yo creo que vestido como un camarero, único modo de que nadie se fijase en él... No, eso no lo sé, espere un momento, por favor. —Desmond tapó el micrófono del auricular, y miró a la expectante Belinda—. ¿Te dijeron Dingham o Mulford cómo habían matado al señor Larson?

—De dos balazos en la nuca.

Desmond movió la cabeza, y tragó saliva.

—¿Señor Bowman?: de dos balazos en la nuca. Escuche, si quiere más detalles, llame a Dingham o a Mulford, y ellos le dirán todo lo que le interese. Yo solamente he querido advertirle a usted... Sí. Sí, sí... Sí, entiendo. Bueno, estoy en lugar seguro ahora, desde luego... De acuerdo. Sí, sí. Le llamaré a usted dentro de un par de horas, para recibir instrucciones. Sí, señor... Adiós, señor Bowman. Adiós...

Colgó, se pasó una mano por la frente y miró a Belinda.

—Bueno, ¿qué hay de ese *whisky*?

—Estás muy pálido... ¿Te encuentras mal?

—Tengo dos heridas... ¡Pero no me pidas que te lo explique! Sólo bebamos algo fresco, y charlemos o durmamos una siesta.

—¿Juntos o por separado? —rió Belinda.

—A tu gusto.

—Ya sabes que nos está prohibido complicarnos la vida entre

nosotros —frunció el ceño Belinda—. De todos modos..., ¿quién se había de enterar?

—Para ser sincero contigo, todavía no sé muy bien de qué me estás hablando. Sé que tú y los demás sois el profesorado, pero aún no he entendido bien qué es lo que enseñáis.

—¡No me digas! —exclamó Belinda, riendo.

—Mujer, entiéndeme... Quiero decir que desconozco los detalles. Además, yo vengo rebotado de Miami, así que no sé muy bien qué es lo que me espera aquí.

Belinda sonrió, y desapareció del saloncito. Cuando reapareció, llevaba una bandeja. Y eso era todo lo que llevaba encima.

En la bandeja había una cubierta llena de cubitos, dos vasos rojos, soda, y una botella de *whisky*. Sirvió en silencio en los dos vasos, y luego sonrió a Desmond que la contemplaba impasible.

—No pareces muy impresionado —susurró ella.

—Quizá es porque no eres la primera chica que veo sin ropa, bella Belinda. Además, estoy pensando en eso de la profesora. ¿Qué enseñáis? De verdad, hablemos en serio.

—Bueno... ¿Cómo te lo diría...? Vaya, tú mismo has dicho que no es la primera vez que ves una mujer desnuda, ¿no es así? Pues, tu caso no es el caso de todo el mundo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, por ejemplo, un muchacho de dieciséis o dieciocho años es muy posible que no haya tenido cierta clase de... vivencias. Oh, ya sé qué la mayoría saben muy bien lo que es un hombre y una mujer, y de que ambos pueden vivir en compañía, pero eso es sólo el principio.

—El principio..., ¿de qué?

—Pues verás. —Belinda se sentó en otro sillón, frente a Desmond—. Lo primero que hacemos nosotros es buscar jovencitos que estén dispuestos a dejarse querer. Eso es terriblemente fácil, tanto para los profesores como para las profesoras. ¿Me comprendes?

—Sí.

—Bien. Por regla general, buscamos nuestra clientela entre jovencitos de familias ricas, en ambientes adecuados. Primero, les ofrecemos amor o diversión, que para ellos es más o menos lo mismo, y poco a poco les vamos ofreciendo alicientes menos...,

naturales. Eso, a algunos. A otros, simplemente, les convertimos en alumnos adelantadísimos.

—No comprendo.

—Sí, hombre. Vamos a poner un ejemplo conmigo misma. Voy a la salita de una universidad, por ejemplo, y allá, hago contacto con un simpático y atractivo jovencito: Imagínate lo contento que se pone el muchacho cuando una chica de mi edad y aspecto...

—¡Qué buena estás, Belinda!

—Gracias —rió la morena—. En efecto, estoy buena, así que el muchacho, en cuanto comprende que yo soy asequible lanza un cabo, yo lo recojo, tiro de él y le aproximo. Como comprenderás, no tardamos más de un par de días en confesarnos nuestro mutuo enamoramiento, y yo, que no puedo negarle nada, pues... le doy todo lo que él me pide. Esto se prolonga a veces hasta un par de semanas. En realidad, todo depende de la clase de muchacho que sea. Si es un muchacho de esos difíciles de tratar en contra de su voluntad, por lo general termino pronto las relaciones, no nos vemos más, y aquí no ha pasado nada. Pero, lo más corriente, es encontrar muchachos cuya voluntad no sea precisamente un modelo a seguir. Con éstos, el trabajo empieza a ser interesante. Unos, serán víctimas, otros serán cazadores... Todo dependerá siempre de ellos mismos.

—No comprendo.

—¿Quieres más *whisky*?

Desmond asintió. Belinda le sirvió otro trago, y se quedó mirando el contenido de su vaso.

—Sí... Todo depende siempre de ellos mismos. Supongamos que el jovencito de turno es caprichoso, de carácter débil, egoísta:... Éste es una víctima. Sencillamente, yo le llevo un día una dosis de cualquier droga, y le convenzo para que la consuma. Casi nunca les gusta al principio, pero para eso estoy yo con ellos, para cumplir mi obligación de convertirles en clientes fijos.

—¿Quiere decir que los sigues trabajando... hasta que se habitúan a la droga de tal modo que ya no pueden pasar sin ella?

—Exactamente. Y entonces, amigo mío, es cuando ya podemos disponer de toda una hermosa y enorme flota de muchachos y muchachas dispuestos a todo con tal de conseguir su droga. Algunos, que podrían dominarse, caen en la tentación del simple

dinero, una vez nosotros, los profesores, les hemos encaminado en este negocio. Y con esta flota de jovencitos es con lo que, realmente, gana dinero en abundancia la organización que hasta ahora han estado explotando Davenport, Larson y Bowman. ¿Tú sabes la cantidad de gente forastera que hay en Los Ángeles cada día? ¿Sabes los hombres y las mujeres que buscan... alicientes? Nosotros disponemos de esos alicientes, tanto para los forasteros como para los locales. Alicientes jóvenes y hermosos, que obedecen nuestras órdenes a cambio de drogas, o, en ocasiones, como te he dicho, de simple dinero, una vez metidos en el... negocio. Claro, se entiende que esto sólo lo hacemos con los que ya muestran una predisposición a dejarse dominar... ¿Comprendes?

—Creo que sí. Tenéis una flota de jovencitas que sirven de aliciente a visitantes de la ciudad, o a residentes en ella.

—En efecto. Y no sólo de jovencitas, sino también de jovencitos. ¿Comprendes? Quiero decir que, a veces, algunos hombres maduros que están hartos ya de chicas, por jóvenes y bonitas que sean, pues..., tienen otros alicientes. Y en ocasiones, muchas más de las que podrías pensar, damas que llevan una vida muy respetable, vienen a Los Ángeles y pagan lo que les pidamos por un muchachito que apenas se afeite todavía. O, como es más abundante, viejos repugnantes que se desmayan de emoción cuando una jovencita de dieciséis años les sonríe generosamente... Aunque esos mismos viejos, en ocasiones, lo que piden son jovencitos... ¿Te vas dando cuenta?

—Sí... Sí.

—Pero esto sólo pasa con los débiles de carácter, con aquellos que no pueden convertirse en alumnos aventajados. A éstos les enseñamos a controlar a los demás, y también, a dar clases, como nosotros; si bien, claro está, ellos tienen que aprenderse antes la asignatura.

—¿Qué asignatura?

—Hombre, pues la de agradar. Nosotros, los profesores, tenemos la obligación de enseñar a los jovencitos débiles cómo deben comportarse para complacer al cliente o clienta que se les asignará en el momento oportuno. No somos gente... vulgar, sino refinada. No queremos negocios con gente de la calle, sino con gente escogida, de la que paga bien a cambio de seguridad y máxima

discreción, y de jovencitos de calidad. Por eso, les enseñamos de todo: cómo hablar, cómo moverse, cómo vestirse, sonreír, servir una bebida, suspirar, besar, reír, vestirse, desnudarse... Todas estas cosas, de hacerse de un modo a hacerse de otro presentan grandes diferencias. O sutiles diferencias, en ocasiones, pero qué son captadas por nuestros selectos clientes. Pagan muy bien: por lo tanto, quieren lo mejor. Y nosotros se lo preparamos y se lo servimos.

—Y siempre, con jovencitos y jovencitas.

—Oh, sí, siempre...

—Entonces, ¿por qué molestar a una mujer como la Mitchell, que ya ha cumplido los treinta?

—¿La Mitchell? No sé quién es.

—Eleanor Mitchell, una golfa callejera.

—¿Qué dices? —Se ofendió Belinda—. ¡Nosotros no trabajamos con esa gente! ¡Son carne de cañón!, y, además, eso pasó a la historia, Alexander. Hay que renovarse, hay que perfeccionarse, hay que estar siempre al día.

—Es decir, que primero con engaños cariñosos, y luego por medio del poder de las drogas, os estáis apoderando de la juventud de Los Ángeles, convirtiéndoles en... objetos de placer para otras personas. Personas que pagan espléndidamente, claro está.

—Bueno, sí, es algo así. Y precisamente se está estudiando el modo de ampliar el negocio a las ciudades más importantes del país, de momento. Cuando eso se ponga en marcha, los profesores más veteranos y eficaces iremos obteniendo la jefatura de esas ciudades. A mí me gustaría Atlantic City, en la costa Este. ¿Y a ti?

—¿Conoces a una chica llamada Patricia Lamarr? —preguntó a su vez Desmond.

—No.

—He pensado que podría ser una de vosotras, una profesora.

—Quizá lo sea, pero yo no las conozco a todas. Bueno, ya sabes cuál será tu trabajo: enamorar a jovencitas, y decirles luego lo que tienen que hacer, y...

—Si hiciese eso, vomitaría.

—¿Qué? ¡Oh, vamos...! —rió Belinda.

—Si vuelves a reír, te voy a aplastar la boca... ¡Te la voy a dejar convertida en picadillo, como al tipo llamado Roberts!

—Oye, ¿a qué viene esto? ¡Si no te gusta el negocio, no haber entrado en él! ¡Sólo tienes que decírselo al señor Bowman cuando le llames y él te...!

—No le llamaré.

—¿Qué?

—No le llamaré. Por la razón de que antes yo no llamé a nadie. Marqué un número sin esperar a tener línea, y me fui inventando toda la conversación, para convencerte a ti. Pero no estuve hablando con nadie: fue una comedia en tu honor. Y gracias a ella, sé lo que quería saber. Al menos sé una parte.

—¡No te comprendo!

—¡Pues compréndelo de una vez, puerca canalla...! ¡Yo no tengo nada que ver con vosotros, no soy de los vuestros, antes me pegaría un tiro que formar parte de esto! ¡La madre que os parió...! ¡Yo creía que a mí me habían hecho una jugarreta fea mis socios, pero aquello fue una broma cariñosa comparado con lo que vosotros les estáis haciendo a esos miles de muchachos...! ¡Tan sólo de pensar en lo que me has explicado, siento deseos de agarrarte por el pescuezo y tirarte desde la terraza a la calle, como si fueses asquerosa basura! ¿Te enteras? ¡Asquerosa basura! ¡Y ahora sí que voy a utilizar el teléfono de verdad, para llamar a la policía, y que vengan a por ti, para ponerte a buen recaudo..., en el zoológico! ¡Allá es donde has de estar tú, mala bestia, en el zoológico!

Belinda estaba lívida, y temblando de rabia. Un temblor violentísimo, que hacía saltar sus párpados. Sus hermosos senos parecían saltar también henchidos, vibrantes. La furia que sentía era tal que parecía estar ahogándose.

Durante unos segundos, estuvieron mirándose los dos, como esperando el fallo del otro para saltarle a la garganta.

Pero nada de esto sucedió. Finalmente, tras emitir un profundo suspiro, Desmond se puso en pie, y comenzó a caminar hacia la mesita donde estaba el teléfono.

—Voy a avisar a la policía para...

Estaba pasando por delante de Belinda. De pronto, ésta se lanzó de cabeza contra su vientre.

Y la primera sorprendida fue ella, porque no sabía que Desmond tenía el torso vendado debido a la rotura de tres costillas. El alarido de Desmond fue tremendo. Cayó hacia atrás, de nuevo sentado en el

sillón, lívido con los ojos llenos de lágrimas, la cabeza de zumbidos y con la sensación de que le estaban arrancando la mitad de la caja torácica.

Fue un dolor tan intenso que durante un par de segundos perdió la noción del mundo que le rodeaba... Y, posiblemente, habría permanecido más tiempo en aquella dolorosa postración si no hubiese oído el crujido de una botella al romperse. Abrió los ojos como pudo, los volvió a cerrar, y para acabar de desprender las lágrimas, sacudió la cabeza.

Entonces, vio la botella.

Mejor dicho, primero vio el rostro de Belinda, descompuesto por la furia, mostrando una horrenda mueca asesina.

Y por debajo del rostro de la muchacha vio la botella de *whisky*, que ella había roto contra el borde de la mesita y que ahora acercaba su rostro, utilizándola como si fuese una navaja, con golpes secos.

El espanto de Desmond Wells fue tal que ni siquiera recordó que tenía una pistola en el bolsillo, propiedad de Guy Devine. No se sentía capaz de reaccionar en ningún sentido salvo el que determinaba el instinto de conservación. Así, que, todo lo que hizo, fue retroceder, para esquivar aquel primer botellazo que podía degollarle, o trincar su rostro de modo horrible...

Las palabras que escupía más que pronunciaba Belinda eran de tal índole y expresividad que Desmond creyó que estaba viviendo una pesadilla, que todo aquello no era real.

Pero era real, y bien real.

Ella intentó de nuevo clavarle las aristas de la botella en la garganta, y de nuevo retrocedió Desmond. Lo hizo tan precipitadamente que su pierna herida no pudo resistirlo cuando su pie, por la parte del talón, chocó con el desnivel de la salida a la terraza. Conteniendo un grito, cayó de espaldas en la terraza, y ése fue el momento que aprovechó Belinda para pasar al ataque definitivo.

Y tan definitivo.

Viendo a Desmond caído en el suelo, y sabiendo que estaba herido, y creyéndole desarmado, se abalanzó contra él con toda la rabia que estaba estremeciendo su cuerpo. Se lanzó dispuesta a caer sobre su pecho y hundirle en el cuello el casco de la botella, hasta

que su mano penetrase en el boquete...

Tanta era su furia, tan terrible su aspecto, que, realmente, Desmond Wells se asustó.

Y entonces reaccionó instintivamente a la defensiva. Ni a él ni a nadie se le podía haber ocurrido otra cosa, estando en aquella postura: cuando Belinda estaba cayendo sobre él, alzó la pierna sana, y la golpeó en el pecho, desviando su trayectoria fuertemente.

Una trayectoria que llevó a Belinda hacia la barandilla de la terraza.

Su vientre chocó allí. Su torso, llevado por la fuerza del impulso, se inclinó fuertemente hacia delante. Y el peso de su torso despegó sus pies del suelo, los alzó, los hizo pasar por encima de la barandilla. La botella pareció saltar sola, y durante un instante alucinante se oyó el arañar de las uñas de Belinda en busca de un asidero, pero ya no estaba a tiempo. Allí donde tocaban sus uñas, ningún ser humano podía encontrar asidero.

De modo que, dejando tras ella un agudo alarido de espanto, un grito estremecido de pavor, la bella Belinda emprendió el velocísimo descenso hacia la calle desde la terraza de su apartamento, en el piso vigésimo segundo de aquel edificio.

Y tendido en la terraza, lívido como un muerto, Desmond Wells, con los ojos cerrados, «veían» perfectamente cómo aquel bello cuerpo desnudo caía dejando tras él aquel horripilante alarido que parecía estar atravesándole la cabeza:

—¡AAAAHHHHH...!

CAPÍTULO VII

Ni mucho menos estaba borracho, pero, por ser solamente las siete de la tarde, había bebido demasiado.

Sobre todo, había pensado, aunque no sabía si demasiado. Por lo general, nunca se piensa demasiado. Por mucho que se haya pensado una cosa antes de hacerla, siempre saldrá mejor si se piensa un poco más en ella; admitiendo que, en ocasiones, las mejores cosas salen sin pensar, de modo improvisado.

«Sobre todo, las fiestas», pensó Desmond.

Estaba en un bar, cerca de Pomona Drive. No había sido nada fácil llegar hasta allí, y se preguntaba por qué lo había hecho. Se lo preguntaba hipócritamente, porque él sabía muy bien por qué estaba allí, cerca de un club nocturno llamado Black Star; o sea, Estrella Negra.

«Para estrella negra, la mía. Primero, me estafan mis socios y la chica que... ¡Bah, al demonio! Voy a tomar otro trago, eso es lo que voy a hacer».

Pidió otro trago de *whisky*. Y mientras le esperaba, pensó en la caída de Belinda desde el piso veintidós. La había visto luego, cuando salió del edificio. Aún nadie había tenido la idea de tapar el cuerpo con algo, así que él la había visto. Después de que dejó de oír su grito y comprendió que ya había llegado abajo, había conseguido reaccionar, abandonó el apartamento de Belinda, y bajó a la calle.

Entonces, la vio.

Bueno, había visto lo que había quedado de Belinda... Belinda, ¿qué? No tenía ni idea, ni le importaba. Había quedado como..., como un pastel aplastado por un elefante. Algo así. El reventón había sido tal que los huesos aparecían bien visibles por entre

aquella masa de carne triturada...

—Su *whisky*, señor.

Desmond respingó, sobresaltado, alzando la cabeza. Vio al camarero, que le contemplaba no muy tranquilo, y sonrió.

—Gracias.

Sí, señor, había visto en lo que se había convertido aquella bella profesora de amor y vicio. Y a fin de cuentas, cualquiera que cayese de aquella altura estaba expuesto a quedar igual. Todos somos iguales: un montón de carne con ojos, huesos y sangre. Eso es todo.

«A mi salud».

Bebió un trago, y miró alrededor. Nadie le hacía caso, o así lo parecía. A excepción del camarero, que sabía cuántos *whiskys* había trasegado ya, y quizá estaba temiendo que buscase gresca. Pues no, señor, no iba a buscar gresca. Estaba allí para... No le gustó la idea que le había impulsado a estar allí.

No le gustó nada, ni una pizca. Había estado dando tumbos y, finalmente, había ido a recalar en aquel bar, cercano al club nocturno llamado Estrella Negra. ¿Y por qué estaba cerca del club Estrella Negra?

«No tengo por qué engañarme a mí mismo —continuó pensando con toda lucidez—: estoy cerca de ese club porque sé que ahí es donde puedo encontrar esta noche a kent Bowman, y quiero cargármelo».

Ya estaba admitido.

Sí, señor, se quería cargar a Kent Bowman. El solito, por la brava, sin más complicaciones que ir allá, sacar del bolsillo la pistola de Devine, ponerle bajo las narices de Bowman, y apretar el gatillo. ¿Que luego le iban a meter en la cárcel? Bueno, pues tanto gusto, señor mío. Pero su conciencia esta ría tranquila, porque él no habría hecho más que eliminar de este mundo a uno de los seres que contribuyen a que sea una porquería. Algún benefactor de la humanidad más espabilado que él se había cargado ya a James Davenport y a Foster Larson... Bueno: pues él iba a poner su granito de arena cargándose a Bowman. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado. Y si no, por qué se había metido a canalla manipulador de jovencitos.

«¡Pam, pam!; dos balas en la cabezota, y al cementerio. Tú te lo has buscado, por gorrino».

Y es que Desmond Wells estaba asqueado de la vida. Y como había comprendido que ese asco se lo debía a gente como sus ex socios y como Davenport, Larson y Bowman, pues se lo iba a cargar. Y si no le cazaban, se iba a dedicar a cazar a otros como ellos. ¡Qué, buena idea, tú! Como tenía una pistola, sólo tenía que ir comprando balas, y dedicarse a liquidar a la gente deshonesto, puerca y canalla que ensucia este mundo. Algo así como El Llanero Solitario, pero en moderno... Síiiii, señooooorrrr, eso era lo que iba a hacer durante el resto de su inútil vida.

«Me parece que por fin la he pillado», reflexionó.

Y nada de engañarse a sí mismo: lo que más deprimido le tenía era la certeza de que se había enamorado de la larguirucha. Eso ya era el colmo de la mala suerte, a ver quién lo ponía en duda: ¡enamorarse de una puta flaca!

«Apuesto a que si leo hoy mi horóscopo dice que voy a tener un ataque de meningitis. Vaya que sí. A ver: ¿qué tiene esa flaca? ¿Estilo? Eso, sí: estilo tiene todo el que quieras, Desmond. Y también es linda de carita, la muy... Y hasta si engordase un poco, sería fenomenal. Hasta aquí, bien. Pero ¿y lo demás? Vamos, yo no soy precisamente un apóstol de la pureza, pero ella se ha pasado... ¡Vaya si se ha pasado...! Porque vaya usted a saber, señor don, la vida que ha llevado antes de conocer al carcamal de Darling. El tal Darling seguramente es un viejecito simpático y amable, pero..., ¿y todo lo demás, todo lo de antes? Porque, digo yo, que no debió empezar todo con el viejecito, ¿verdad? ¡Claro que no! Y otra cosa, mamarracho: ¿por qué no dejas de pensar en ella? ¿Lo hace? ¿Si? ¡Muy bien, Desmond!».

Se frotó los ojos, y volvió a mirar alrededor. Parecía imposible, pero había gente que sonreía, que tenía expresión alegre. Claro. Esa gente, ni tenía tres costillas rotas y una pierna que ya sólo podía con ella arrastrándola, ni se había enamorado de una prostituta, ni sabía que, por ejemplo, a menos de cien metros, había un tipo que merecía ser asesinado a sangre fría, como los dos anteriores. Y hablando de esto: ¿quién debía ser el otro benefactor de la humanidad, el que se había cargado ya a Davenport y Larson?

«A tu salud».

Terminó el *whisky*, dejó unos billetes sobre la mesa, y salió del bar, procurando no cojear demasiado. Se sentía cansado y dolorido,

pero ya había decidido lo que iba a hacer: cargarse a Bowman. Nadie se lo podría impedir.

Entró en una cabina telefónica, y llamó al Estrella Negra. ¿El señor Bowman había llegado? No, señor, todavía no; ¿desea dejar algún recado? Llamó dos veces más, recibiendo idéntica respuesta. Por fin, harto de dar vueltas, se fue directo al Black Star, entró, se sentó en una mesita un tanto arrinconada, y se dispuso a esperar. Debían ser alrededor de las ocho y media.

—¿Qué desea tomar, señor?

—Champaña.

El camarero parpadeó. Su vacilación fue brevísima.

—En seguida, señor.

¡Qué gusto de vida! No hay nada que tranquilice más a un hombre que tomar una decisión. ¡Fuera dudas! Sabía ya lo que iba a hacer, así que había que celebrarlo. Además, ¡cualquiera sabía cuándo podría volver a beber champaña! Claro que iba a resultarle caro, pero tampoco iba a necesitar dinero durante una buena temporada, de modo que... En la mesa había un pequeño búcaro con flores. ¡Qué gran detalle! Tomó una, y metió el tallo en uno de los ojales de la camisa. El champaña llegó poco después, y, justo cuando el camarero le estaba sirviendo la primera copa, Desmond quedó petrificado de asombro.

¿Quién estaba entrando en el Black Star en aquel mismo momento? Pues ni más ni menos que Patricia Lamarr. Y detrás de ella, ¿quién caminaba? Pues nada menos que los dos «empleados» de Foster Larson que la noche anterior habían aparecido cuando él, Eleanor y Patty corrían hacia el coche de ésta. O sea, que aquellos dos tipos ya conocían a Patty de la noche anterior, por lo menos. Y, mirando el rostro de la muchacha, Desmond captó el gesto de miedo, de tensión...

Se puso en pie, fue hacia Patricia y los dos sujetos, y casi sonrió al ver el gesto de pasmo de éstos al verle.

—¡Desmond! —exclamó Patricia, con el tono de quien, realmente, acaba de ver al Llanero Solitario.

Desmond Wells se colocó entre los dos hombres, asió un brazo de cada uno, y señaló su mesa con la barbilla.

—Muchachos, están invitados a champaña.

—Escuche, Wells...

—Tranquilos. Les sugiero que acepten.

Los dos hombres se dejaron llevar, y Patricia fue también hacia la mesa. Desmond trincó a los dos sujetos en sendas sillas, y apartó una para Patricia. Se sentó por fin él, miró al camarero, y sonrió amablemente.

—Claro: tres copas más, por favor.

—Sí, señor.

—Es un muchacho educado —le señaló Desmond cuando se alejaba en busca de las copas—. ¡Bueno! ¿Y... qué? ¿Qué se cuentan?

—Mire, Wells, sabemos que.

—Tranquilo, botarate, que yo sé más cosas que tú. ¿Cómo os llamáis?

—Gunner.

—Spickwitz.

—De acuerdo. Se me está pasando por la cabeza que Bowman está reuniendo aquí las sobras de las pandillas de Davenport y Larson. ¿A que sí? Y vosotros, al llegar, habéis visto ahí fuera a esta tonta, y la habéis cazado, porque la habéis recordado de anoche. ¿A que sí?

—Sí.

—Bueno, decidme, entonces, qué es lo que esperáis de ella. O, mejor dicho, de Eleanor Mitchell. La rubia, ya sabéis.

—Sí, sabemos de quién habla. Pero no sabemos por qué la estamos buscando. Eso lo sabían Spigel y Devine.

—Decididamente, no es mi día. Pero ya volveré a encontrarme con Devine en alguna ocasión. Ahora, os voy a contar mi vida.

—¿Qué? —Se pasmó Gunner.

El camarero llegó con tres copas más, y sirvió el champaña. Desmond bebió, y exclamó:

—¡Qué rico está...! Y todo esto, me lo he estado perdiendo durante más de dos años por culpa de otras personas. ¿Os gustan las flores?

Spickwitz y Gunner no contestaron.

—¡A mí me encantan! —exclamó Patricia.

Desmond la miró, como sorprendido. Luego, colocó una flor entre los cabellos de Patricia, que sonreía, y acabó por sonreír él también.

—Estás preciosa. Flaca, pero preciosa. Y tienes *sexy* para abastecer a toda una ciudad. ¡Vaya, que tienes más *sexy* que el escote de una vaca, ¿comprendes?! Pero vamos al grano. Sí, señor —dedicó de nuevo su atención a los dos hombres—, os voy a contar mi vida. Veréis: de niño, yo era muy mono y muy listo, así que me hice mayor y muy guapo. Y muy listo, así que estudié para abogado, y, claro que sí, conseguí mi título, ¿qué os pensabais? De modo que, convertido en abogado, comencé a escalar puestos importantes, y las cosas me iban tan bien que hasta tuve que buscarme un par de socios. Era un bufete importante, el asunto iba viento en popa, y podía beber champaña siempre que quisiera. Un día, apareció una chica en mi vida. ¡Era un bombón! Una...

—¿Más que yo? —preguntó Patricia.

—Tenía más de todo, pero era más bajita. Y ahora que lo pienso, no tenía tanto *sexy* como tú. Pero, no vamos a engañarnos: era un bombón formidable. ¿Qué pasó? Pues lo normal: que se enamoró de mí, que para eso era alto, guapo y rico. Esto, en cuestión de días, como por arte de magia. Era una chica preciosa, y muy cariñosa... Yo creía estar loco por ella, y era el hombre más estúpidamente feliz del mundo. ¿Cuánto hace de eso? Pues, algo más de dos años. Sí... Hace algo más de dos años, aquella zorra me atizó su mordisco venenoso. Veréis lo que pasó: precisamente poco antes de conocerla, un tipo con más dinero que agua en el mar, me había visitado para proponerme que le gestionase toda una documentación que habría de servir de base a la más repugnante estafa colectiva de que yo tenía noticia. Naturalmente, como yo entonces era bueno y honrado, me negué, y le eché de mi bufete poco menos que a tortazos. Pero..., ¡ah, qué puerca es la vida! ¿Más champaña?

—Yo sí —acercó Patricia su copa.

Desmond le sirvió, terminó el contenido de la botella escanciándolo en su copa, y bebió de nuevo. Tras chascar la lengua, prosiguió:

—Pero a los pocos días conocí a Debbie... Ella se llamaba Deborah, claro. ¡Mi amada, adorada Debbie! En verdad os digo ahora que ya he comprendido que mi inclinación por ella era preferentemente carnal, pero en aquellos días de amor y rosas, yo creía que estaba enamorado. Y como estaba enamorado, pues hacía

idioteces... Por ejemplo: firmar unos documentos que me colocaron mis socios ante las narices cuando Debbie estaba en mi despacho, ya bastante tarde. «Hombre, Desmond, firma esto antes de marcharte al teatro... ¡Mis queridos y amados socios! ¡Casi hermanos! Hombre, Desmond, firma esto antes de marcharte. ¡Hemos estado trabajando en ello todo el día, para entregarlo esta misma noche!». «Pero, muchachos, hermanos queridos, tengo que leer lo que firmo, lo sabéis muy bien. Cualquier documento que salga de este bufete tiene que llevar mi firma, o carece de validez. Y si ha de tener validez y fuerza legal, tengo que leerlo». Y entonces, ella dice: «¡Desmond, mi amor, se nos está haciendo tarde!». Bueno... ¿Cómo había de saber yo que los tres estaban en combinación desde antes que yo conociera a Debbie? Total, que firmé los documentos de aquel tipo, y la gran estafa fue puesta en marcha. Por fortuna, fracasó... Por fortuna para los pobres desdichados que habían de sufrirla, pero no para mí. ¿Quién iba a creer que el chico listo de Desmond Wells había firmado todo aquello sin saber lo que firmaba? ¡Vamos, hombre, a otro perro con ese hueso! ¿Comprendéis?

—Yo sí —dijo Patricia en un susurro.

—Chica lista. Bueno, escapé de la cárcel por los pelos... Porque soy realmente listo, porque siempre había sido honrado, y porque tenía buenos amigos que sabían que yo era honrado. Tuve que pagar una fianza, ciertos daños y perjuicios, etcétera. Total, que me quedé sin bufete, sin socios, sin novia cariñosa, y sólo con sesenta y tantos mil dólares. Mi primera idea, claro, fue aplastar a aquellos sapos y la víbora de Debbie, pero me dije que con eso sólo conseguiría ir a la cárcel para el resto de mi vida, y a mi me gusta mucho tomar el sol en la playa... De modo que puse mis dólares en un banco, al siete y medio por ciento, y me dije: «Desmond, se terminó el trabajar y el preocuparse por nada; así que con lo que te vayan dando de intereses, vives como puedas, y asunto terminado. Pero, sobre todo, nada de volver a amar, ni a depositar tu confianza en nadie, ni en tener amigos en los que confíes en todo. ¡Nada de nada, muchacho, porque ya te han tomado el pelo una vez!». ¿Comprendéis?

—Claro —gruñó Spickwitz.

—Estupendo. Y ahora, fijaros bien. Resulta que, como hombre

normal que soy, he sido egoísta al pensar que todo lo malo del mundo me había ocurrido a mí, que no valía la pena vivir, y todo eso. Resulta que hay miles de jovencitos a los que les están ocurriendo cosas peores, total, porque un día se enamoran de una hermosa muchacha, o, si es una jovencita la del caso, se enamora de un apuesto galán... Eso es mucho peor que lo que me ocurrió a mí, porque a mí, si me da la gana, me basta comprarme una corbata y ponerme a trabajar de nuevo para volver a ser rico en menos tiempo del que necesito para escupiros a los dos en la cara... Porque vosotros sabéis de qué estoy hablando, ¿verdad?

Los dos hombres se pasaron la lengua por los labios. Por fin, Spickwitz asintió, con un gesto.

—Yo había venido aquí a liquidar a Bowman —siguió Desmond, impávido—, pero la presencia de esta tonta flaca ha complicado las cosas. Y, en cierto modo, ha sido mi salvación. Realmente, no tengo por qué pignorar mi vida por aplastar a una sabandija. De modo que os diré lo que voy a hacer: voy a salir de aquí, y voy a ir a contarle a la policía todo lo que sé sobre Bowman y los fallecidos Davenport y Larson. Y cuando haya hecho esta buena obra, me pondré a pensar en la conveniencia de no ser tan impresionable, sobreponerme a mis desdichas, que al fin y al cabo no han detenido la marcha del mundo, y, a lo mejor, hasta decido comprarme un yate, para lo cual no tendría más remedio que volver a trabajar de firme. Pero eso sí, sin socios, de modo que, atención, la flaca y yo nos vamos de aquí. ¿Está claro?

—No llegará muy lejos, Wells.

Desmond Wells apretó los labios mientras se estiraban en una dura sonrisa. Luego, tomó una flor, y la colocó en una oreja de Gunner, que permaneció rígido. Colocó otra flor en una oreja de Spickwitz, que permaneció igualmente inmóvil, y sonrió felicísimo cuando Patricia no pudo contener una risita.

—Estáis preciosos. Y sois personas privilegiadas, porque os aseguro que yo no acostumbro a ir contando mi vida por ahí. Ahora, sabed esto: tengo una pistola, sé disparar mejor que bien, y me he puesto de una mala leche que da espanto. Y si no entendéis esto, muchachos, es que sois tontos. ¿Nos vamos, Patty?

—Sí, Desmond.

Éste se puso en pie, dejó unos billetes sobre la mesa, y se quedó

mirando a los dos inmóviles granujas. Colocó mejor la flor que tenía en la oreja Gunner, y comentó, con entusiasmo:

—Preciosos... ¡Los dos estáis verdaderamente preciosos!

Tomó a Patricia de un brazo, y se dirigió hacia la salida. En el club había más hombres como Gunner y Spickwitz, que los miraban y permanecían inmóviles... Y, de pronto, entre dos de aquellos hombres, Desmond vio a Kent Bowman. Sí, seguro que era él... Minutos antes, se habría puesto a dispararle apenas verlo. Pero ahora, la situación había cambiado. No podía correr el menor riesgo que pusiera en peligro la vida de Patty... Cualquier cosa, menos eso.

Salieron a la calle, y Patricia señaló en seguida hacia donde estaba su coche. Todavía no habían llegado a él cuando vieron salir del Black Star a Kent Bowman, acompañado de sus hombres, entre los que estaban, por supuesto, Spickwitz y Gunner, pero ya sin la flor en la oreja.

—No se te ocurra salir de la ciudad ahora —murmuró Desmond—. Circula sólo por las calles más transitadas y directa hacia la primera estación de policía.

—Sí... Sí, Desmond.

Se metieron en el coche, Patricia al volante; partieron en seguida. Desmond, vuelto en el asiento, vio a Kent Bowman entrar en un coche con tres hombres, mientras los demás corrían hacia otro coche estacionado más abajo...

En el mismo instante en que Bowman emprendía la persecución, cuando el coche todavía estaba junto al bordillo, apareció el otro coche, que pasó a toda velocidad por delante del Black Star... Desmond lo vio todo perfectamente, con una claridad increíble: del interior de aquel coche recién aparecido brotó un fogonazo alargado, y, en el acto, el coche de Kent Bowman, con él dentro, se convirtió en una bola de fuego que pareció enorme en un instante, para reducirse acto seguido. El estampido fue tan fuerte, que Patricia frenó en seco, y volvió la cabeza, asustadísima... Todavía se oía crujir de plancha metálicas estallido de cristales, el rugir de la llamarada que había hecho reventar el depósito de gasolina del coche. Y gritos de espanto, alaridos, frenazos de coches, toques de claxon...

Desmond miró a Patricia, y vio su rostro de color rojo. Pero era debido a la llamarada que estaba convirtiendo en cenizas a Kent

Bowman y tres de sus compinches. Él sabía que Patricia estaba pálida. Como él mismo.

—Será mejor que nos marchemos, Patty —musitó.

—¿Adonde?

—No sé... Creo que, de momento, un lugar seguro para nosotros, sería tu choza de Malibu Beach. Cuando los hombres de Bowman reaccionen, será mejor que estemos bien lejos.

—¿No vas a la policía...?

—¿Y para qué? Bowman ha muerto. Y sus compinches caerán bien pronto, en cuanto yo denuncie a la policía a qué se han estado dedicando. Pero no voy a hacer eso ahora. Ante todo, vamos a un lugar donde estés..., donde estemos a salvo. A fin de cuentas, puedo telefonar a la policía desde Malibu, ¿no es así?

—Desmond... —sonrió dulcemente Patricia—. Desmond, me quieres. ¿Verdad que me quieres, Desmond?

—Conduce y calla. Y otra cosa, flaca repugnante: ¿se puede saber qué hacías tú por aquí?

—Sabía que te interesarías por Larson y Bowman, y como me enteré de que Larson había sido hallado muerto en su club de tenis, pensé que te vería rondando a Bowman, para explicarle que yo no tengo nada que ver con sus negocios, y que me dejase en paz. Sabía que te ibas a arriesgar por mí, porque me quieres. ¿Verdad que me quieres?

—Además de flaca, loca. ¡Pues estás lista!

—Pero, Desmond...

—¡Pero narices...! ¿Quieres hacer el favor de dedicarte a conducir en silencio y llevarme a tu choza, a ver si puedo darle un repaso a esta maldita pata?

—Podríamos ir directamente a casa del doctor Merrywale...

—No. Si quiere tener el privilegio de curarme, que vaya allá. Maldita sea, nena: ¿no comprendes que eso sería comprometer a ese hombre?

—¡Oh!

—¡Ah! Bueno, para en cuanto puedas hacerlo con comodidad, y lo llamas por teléfono, para pedirle que vaya a Malibu. Dile que me duelen las costillas un horror, y que además, toda la tarde me está sangrando la herida de la pierna...

—¡Desmond!

—¡Patricia! —La imitó Desmond—. A ver si despiertas, rica. Concéntrate me conducir hacia Malibu. Lo demás, carece de importancia.

CAPÍTULO VIII

Patricia detuvo el coche delante de la casa, que estaba a oscuras, naturalmente. Por detrás, se veía el mar, iluminado por la luna. El rumor de su oleaje llegaba hasta allí, con un sonido de paz.

—Será mejor que en lugar de entrar el coche en el garaje, lo deje delante de la casa —dijo Patricia—. Así tendrás que andar menos, Desmond.

—Te lo agradezco —murmuró él.

Patricia condujo hasta delante mismo de la puerta de la casa, que estaba de espaldas a la playa. Cuando paró el motor, el rumor del mar se oyó con más fuerza, nítidamente. Por lo demás, el silencio era completo. Si acaso, lejanos, se oían algunos automóviles pasando por la cercana carretera de la costa, que discurría al borde de acantilados, hacia el Norte y hacia el Sur; los faros de los coches parecían estrellas fugaces.

—Voy a ayudarte, espera.

Patricia apagó las luces del coche, se apeó, y rodeó el vehículo. Ayudó a salir a Desmond, y caminaron abrazados hacia la puerta. La muchacha abrió, entraron, y ella encendió la luz.

Los dos vieron a la vez al hombre que estaba en el vestíbulo, sentado en una de las banquetas, con una pierna sobre la otra y una pistola con silenciador en la mano derecha. Y una seca sonrisa en los delgados labios.

—¿Qué hace aquí? —Respingó Patricia—. ¿Quién es usted?

El hombre se puso en pie, como de mala gana. Con la misma mala gana con que parecía sostener la pistola. Debía tener unos treinta años, vestía bien, sus facciones eran correctas, pero un tanto frías... Señaló hacia el fondo del vestíbulo.

—Vayan hacia el salón —ordenó.

Patricia fue a decir algo más, pero en aquel momento, del salón llegó la voz de otro hombre:

—¿Son ellos. Harlan?

—Sí. Vamos para ahí, Salters.

Volvió a mirar a Desmond y Patricia, e insistió en su seña hacia el salón. Desmond tomó a Patricia del brazo derecho con su mano izquierda, y con la derecha se tocó el muslo, mientras comenzaba a caminar, con visible cojera, hacia el salón.

Por la vida se da la vida, suele decirse. O, por lo menos, por la vida se juega uno la vida. Y esto fue lo que hizo Desmond Wells: jugarse la vida que sabía estaba perdida.

Después de tocarse el muslo, deslizó la mano hacia la abertura del bolsillo del pantalón, y, de pronto, la metió dentro, sacó la pistola, empujó a Patricia, y apuntó a Harlan por encima de su hombro izquierdo. La desgana de Harlan desapareció en el acto. Respingó fuertemente, casi saltó, y su brazo derecho se movió, alzando rápidamente la pistola...

¡Crack!, restalló fortísimamente el disparo efectuado por Desmond Wells.

Era cierto que sabía utilizar una pistola. Harlan recibió el balazo en el centro del pecho, lanzó un bramido, saltó hacia atrás, y se deslizó por el reluciente mosaico, soltando la pistola. Cuando su cuerpo se detuvo, ya estaba muerto.

Desde el salón llegaron un par de exclamaciones, y una voz:

—¡Harlan! ¿Qué ocurre?

Desmond señaló la puerta que conducía a la cocina y servicios, y Patricia comprendió en el acto, echando a correr hacia allí. Se oían pisadas acercándose, procedentes del salón.

—¡Harlan! —llamó otra voz diferente.

Desmond se inclinó, recogió la pistola de Harlan, y corrió en pos de Patricia, pero volviendo la cabeza. El milagro era que no cayese al suelo. Le dolía la herida de tal modo que le parecía que le estaban arrancando la pierna. Y sucedió lo lógico: la pierna le falló, y sin poder contener un grito, Desmond rodó por el suelo.

—¡Desmond! —Se volvió Patricia—. ¡Desm...!

—¡Corre, Patty! —aulló Desmond.

Un hombre apareció en el vestíbulo, con la pistola ya en alto, y apuntando hacia donde había sonado la voz de Desmond. Disparó,

justo en el momento en que Desmond giraba y rodaba sobre sí mismo, abandonando aquella posición. La bala dio en el suelo, rebotó, y fue prácticamente a peinar a Patricia, que lanzó un grito de terror y cayó sentada al suelo. La mirada del hombre recién aparecido fue un instante hacia ella, hubo vacilación en sus ojos...

¡Crack!, disparó de nuevo Desmond Wells, desde el suelo.

El otro pareció recibir un fortísimo calambre, tal fue su salto. La pistola escapó de su mano hacia el techo, y él cayó sentado y lanzando aullidos de dolor, llevándose las manos a la rodilla derecha.

En aquel momento aparecía el tercer hombre, con tan mala fortuna para él, que fue a tropezar con su compañero cuando éste caía. Con el encontronazo, el hombre perdió la pistola, que rebotó en el suelo ante sus pies. Se inclinó rápidamente a recogerla...

—¡No! —gritó Desmond—. ¡Déjela!

El otro no le hizo caso.

Recogió la pistola, se volvió alzando ya la mano.

¡Crack!

La bala le dio en el centro de la frente, provocando una fuerte sacudida grotesca, espeluznante, a su cabeza. Cayó como derribado por un huracán, pasando por encima de su compañero herido en una pierna, que se arrastraba frenéticamente de nuevo hacia el salón. Fue tan rápida su acción que cuando Desmond quiso apuntarle, ya no estaba allí.

Consiguió apartar sus ojos del cadáver del segundo hombre, y miró hacia el pasillo que conducía al salón, donde sonaban ahora los desiguales pasos del fugitivo. Caída en el suelo, Patricia había ocultado el rostro entre las manos, y estaba llorando con una fluidez increíble.

Desmond decidió asegurarse de que ella no iba a correr más peligro, y se lanzó en pos del fugitivo, arrastrando la pierna. Los dos estaban heridos, pero, ahora, Desmond Wells llevaba las de ganar, pues el otro no estaba armado, y él sí.

—¡Deténgase! —gritó—. ¡Deténgase o disparo!

A trompicones, llegó al salón. No podía consentir que aquel hombre escapase. Si se lo permitía, ni él ni Patricia podían vivir nunca tranquilos...

Apareció en el salón cuando la silueta del hombre se recortaba

contra el iluminado mar, que se veía a través del gran cristal que protegía el mirador que daba a la playa. El hombre, por supuesto, pretendía llegar a la puerta de atrás, y escapar por la playa. Y si conseguía llegar a la arena seguro que Desmond no podría continuar la persecución, desde luego.

Y entonces sucedió lo extraordinario.

En la oscuridad relativa del interior del salón orientado hacia el mar, el hombre tropezó con algo, perdió fuertemente el equilibrio, y salió disparado de cabeza, tras un extraño giro, hacia el gran cristal del salón.

Primero se oyó el alarido del hombre. Luego, el impacto de su cabeza contra el cristal. Después, durante unos segundos, sólo se oyó el inconfundible ruido de cristales rotos cayendo al suelo... Y de pronto, el silencio, en el que destacó en seguida el rumor del mar, a tan corta distancia de la casa.

—Desmond... —Llegó la voz de Patricia Lamarr—. ¡Desmond!

Desmond Wells no contestó. Se acercó al hombre que se había estrellado contra la enorme ventana, y lo primero que vio fue el manantial de sangre que brotaba de su garganta y frente, dando lugar a un charco oscuro y brillante junto a él. Tenía los ojos desorbitados, y la boca torcida en una mueca de dolor. Había muerto instantáneamente, degollado por el cristal con la misma eficacia con que lo habría degollado un cuchillo bien afilado.

Desmond retrocedió, y fue a dejarse caer en un sillón. Recordó entonces a Patricia, y dijo, en voz alta:

—Puedes venir, Patty. Pero no enciendas la luz.

Los habían estado esperando. Sí, aquellos tres hombres habían estado esperando dentro de la casa que él y Patricia regresasen. No eran ladrones sorprendidos en pleno trabajo; desde luego. Eran tres tipos que los estaban esperando. ¿Para qué? Bien, lo cierto era que sabían que ellos llegarían a la casa, habían entrado por sus propios medios, y habían decidido esperarlos. ¿Para qué? Pues, a Desmond Wells sólo se le ocurría una respuesta, para matarlos.

Tres hombres... la noche anterior, habían sido también tres hombres los que habían ido a matarlo a su cuchitril. Sí, había entrado uno al apartamento, pero los otros dos, previendo cualquier contratiempo, habían tomado sus precauciones; precauciones que no les habían servido de nada, pero sí, debían ser esos tres mismos

hombres los que habían querido matarlo la noche anterior. Entonces, Devine tenía razón, ellos no habían enviado a nadie a liquidarle a él. Por lo tanto, se trataba de otro grupo que intervenía en el juego.

¿Cuál otro grupo había?

Tenía que ser un grupo que también supiese cómo encontrarlo a él, es decir, que supiese la dirección exacta de su apartamento. Y la de aquella casita en Malibu, por supuesto.

—Desmond..., ¿qué ha pasado? —Apareció Patricia ante él, como una sombra.

—¿Verdad que anoche te dije dónde vivía? Te di la dirección de mi apartamento, mientras íbamos en tu coche, con Eleanor... ¿No fue así?

—Sí —musitó Patricia—. Sí. Desmond: 227, Charlton Lane...

—¿Hablaste con alguien de mí y le dijiste dónde vivía? ¿O sólo lo sabéis Eleanor y tú?

—Bueno... Lo comentó con Darling.

—¿Quieres decir que él te estaba esperando en el apartamento?

—Claro que no. Cuando tú te fuiste, lo llamé por teléfono, le dije tu nombre, y que me gustaría saber quién eras realmente. Le pareció bien, y eso es todo.

—¿A qué se dedica, Darling?

—Principalmente, a la agricultura. Tiene grandes haciendas en el estado. Miles y miles de naranjos. Luego, puso algo de dinero en negocios de electrónica, con unos amigos, y las cosas le funcionan estupendamente. También tiene unos grandes almacenes en el centro de Los Ángeles, y luego una serie de pequeñas tiendas de modas en los puntos más elegantes. En San Francisco tiene negocios de construcción de lanchas deportivas. Luego...

—Ya basta —gruñó Desmond—. Digamos que es asquerosamente rico, ¿no?

—A mí no me parece asqueroso.

—Está bien. ¿Crees que el doctor Merrywale vendrá pronto, o se lo tomará con calma?

—Vendrá pronto, a toda prisa, porque se lo he pedido yo. Darling y él son amigos de la infancia, de toda la vida.

—¿De modo que hay gente que tiene amigos que le duren toda la vida? Pasmoso. Yo daría cualquier cosa por tener amigos de éstos.

Bien, será mejor que enciendas la luz, no vaya a ser que el doctor Merrywale venga aquí y al no verla encendida crea que aún no hemos llegado...

—Sí lo sabría, porque dejé el coche delante de la casa.

—Es verdad. No mires hacia el ventanal, Patty. Sólo enciende la luz y siéntate donde quieras, pero de espaldas al ventanal.

—Sí, Desmond.

La muchacha obedeció de modo que quedó de espaldas al cadáver del hombre degollado. Quedó sentada frente a Desmond, que la miró con suma atención.

—¿Estás bien? —murmuró.

—Sí... Sí...

Él estaba pálido, y sentía frío el rostro. Se pasó las manos, como queriendo proporcionar un poco de calor a sus facciones.

—Creo que deberíamos llamar a la policía, Patty. Hay tres hombres muertos en esta casa. Demasiados para nosotros. Ampliándose un poco la explicación de mi vida, te diré que como siempre he sido un gran deportista, también aprendí a disparar, con rifle, escopeta, pistola... Pero, francamente, no sé si alegrarme de ello.

—Ellos querían matarnos, ¿no?

—Me parece que sí. Pero aun así... No sé. La verdad es que no me encuentro muy bien. Y no es por el dolor de la pierna: nunca había matado a nadie. No sé qué hacer.

—Yo creo que lo mejor que podemos hacer por ahora es esperar al doctor Merrywale. Ya verás como él nos aconseja bien.

—Seguramente. Bueno, lo esp... Me parece que ha llegado un coche.

—¡Debe ser él! Voy a recibirlo. Tú no te muevas, Desmond.

—Sabio consejo —gruñó Desmond—: ¡no podría!

Patricia abandonó el salón. A los pocos segundos, Desmond oyó las exclamaciones, los grititos... Cuando Patricia reapareció, acompañada de Eleanor Mitchell y la simpática *mistress* Dexter, Desmond ya hacía algunos segundos sabía que eran ellas.

—¡Señor Wells! —exclamó Agatha Dexter en cuanto vio a Desmond—. ¡Muchacho, qué mal aspecto tiene usted! ¡Es terrible todo esto que está ocurriendo!

—No tanto, *mistress* Dexter, no tanto... —murmuró Desmond—.

Cuando menos, los buenos están ganando la partida. Hola, Eleanor, rubia.

—Hola —murmuró Eleanor Mitchell.

Acto seguido, respingó, y se acercó rápidamente a la ventana destrozada.

—Le sugiero que no mire —dijo Desmond—: el espectáculo no es precisamente maravilloso. Ese hombre se ha degollado como un cerdo.

—¿Y los otros dos? —preguntó Eleanor tras detenerse.

—A los otros dos los he matado yo. Soy un tirador de primera categoría, y cuando comprendí que nos querían matar, pues...

—Se ha metido usted en un buen lío, señor Wells.

—Sí, pero saldré bien. Cuando le expliqué a la policía todo lo que ha ocurrido, me darán una condecoración..., aparte de dejarme libre y tranquilo, desde luego.

Agatha Dexter, que se había sentado frente a Desmond, y que le contemplaba con los ojos muy abiertos, preguntó:

—¿Y qué es lo que va a contarle usted a la policía?

—Todo el tinglado que tenían montado a Davenport, Larson y Bowman. Ya verá cómo hacían las cosas, *mistress* Dexter. Lo primero que ponían en juego eran los «profesores», que salían en busca de jovencitas de buena apariencia y que...

Desmond explicó todo el mecanismo del brutal negocio montado por Davenport, Larson y Bowman, ante el horror de Agatha Dexter y la impasibilidad de Eleanor Mitchell.

—¡Dios mío, es increíble! —exclamó la anciana.

—Pero eso no es todo, *mistress* Dexter —alzó una mano Desmond—. Resulta que todos los malos tienen su castigo, y ellos lo han tenido también. Fíjese, si no: Davenport fue asesinado en su gimnasio por alguien que le disparó con rifle desde un árbol de su propio jardín. Larson fue asesinado de dos balazos en la nuca, en los vestuarios de su club, por alguien que, o bien le conocía bien y ni se le ocurría que pudiese molestarlo siquiera, o por alguien tan anodino, como un camarero, por ejemplo, que aunque fuese desconocido no despertase su interés al entrar en los vestuarios. En cuanto a Kent Bowman lo han asado como a un pollo, dentro de su coche, en compañía de gente de su calaña. ¿Qué se desprende de todo esto?

—¿Qué se desprende? —preguntó Eleanor.

—Pues que hay ángeles buenos que están haciendo justicia. No me digan que no es una especie de justicia ejecutar a personajes como a esos tres.

—¿Sabe que tiene usted razón, señor Wells? —exclamó Agatha Dexter.

—Sí... Aparentemente, sí. Todo sería perfecto si no hubiesen querido matarme a mí anoche, y a Patty y a mí hace unos minutos. Esto es lo que me ha dado que pensar. Espero ver pronto a Guy Devine, y él me dirá...

—Guy Devine no le dirá nada —dijo Eleanor.

—Ya lo creo que sí. Cuando le eche la zarpa encima y le...

—No le echará la zarpa encima: está muerto.

—¿Devine también? Santo cielo... ¿Quién ha realizado esa benéfica obra social?

—Vamos, vamos, señor Wells —sonrió la simpática anciana—. ¡Estamos seguras de que usted lo está comprendiendo! Si, desde que Eleanor y yo hemos llegado, usted tiene que haber empezado a comprender cosas, y, finalmente, todo. ¿Verdad que sí, señor Wells?

Patricia estaba sorprendidísima. Fue a hablar, y entonces permaneció muda de espanto, al ver la pistola con silenciador que apareció en la mano de la rubia Eleanor, y con la cual le apuntó al centro del rostro.

—No te muevas, Patty —susurró Desmond.

—Lo mismo da que se mueva o no —dijo fríamente Eleanor—. Los vamos a matar a los dos, de todos modos, Wells.

—«Señor». Wells para usted, nena.

—Dios mío... —gimió Patricia.

—¿Aún no lo has entendido? —La miró Desmond—. Ellas están aquí gracias a nuestra amabilidad al informarles de la dirección de esta casa, y de haberlas puesto al corriente del peligro que creíamos corrían. Seguro que han estado llamando al conserje del edificio donde vivís ambas, hasta que éste ha pasado tu recado. ¿Qué han hecho entonces estas dos virtuosas damas? Han enviado aquí a los tres asesinos que anoche me estuvieron persiguiendo por los tejados, y ellas se han ido a cazar a Bowman, el último que quedaba. ¿Verdad que sí, *mistress* Dexter?

—Así es —sonrió Agatha.

—No... no es posible... —tartamudeó Patricia—. ¿Ustedes han matado al señor Bowman con aquella bomba de fuego que...?

—Una simple granada incendiaria... —dijo Eleanor Mitchell—. En ocasiones no se pueden hacer grandes filigranas.

—¿Cómo lo de Davenport? —La miró fijamente Desmond.

—Fue el más aburrido de matar.

—¿Quiere decir... que lo mató usted? —exclamó Patricia.

—A Davenport, sí. A Larson lo mató Harlan, entrando en los vestuarios simulando ser un empleado del club. Fue emocionante..., según me contó. El más espectacular de todos modos, ha sido Bowman. ¡Qué bien ardía su coche con él dentro...!

—Pe... pero... ¡Dios mío! ¿Por qué han hecho ustedes eso? ¿Por qué han matado...?

—Ellos me hubiesen matado a mí si me hubiesen atrapado anoche... —dijo Eleanor—. Devine me conocía de hacía tiempo, de unos trabajos que hicimos juntos en Nueva York. Cuando me vio, comprendió lo que ocurría y por eso puso a todos en pie de guerra para que me acorralasen.

—No... no entiendo... nada...

—Yo estaba informándome en los barrios bajos respecto a quiénes dirigían el negocio de los jovencitos en Los Ángeles, y debió ser entonces cuando Devine supo de mi presencia. Tuvo que comprender que yo formaba parte de otro grupo que venía dispuesto a pisarle el negocio a su jefe, así que organizaron mi búsqueda y captura. Tuve que esconderme, pero me habían acorralado muy bien, de modo que finalmente me habrían encontrado. Así que pedí ayuda a *mistress* Dexter por teléfono, y ella tuvo una idea buenísima: enviar a su vecinita con su coche, convencida de que, puesto que ella era desconocida y nunca se había metido en líos, podría recogerme y ponerme a salvo, mejor que si hubiese enviado algunos de nuestros hombres para enfrentarse a los del grupo de Davenport, Larson y Bowman. Y así fue. Y no sólo pude escapar, gracias a su ayuda del «señor». Wells, sino que también gracias a éste supe quiénes eran los hombres que controlaban el negocio en Los Ángeles, así como la dirección del propio señor Wells. Planeamos el asesinato de todos, incluida usted, por supuesto.

—¿Yo? —gimió Patricia.

—Claro. El contratiempo con Devine y sus amigos, y luego la posterior muerte de Wells la habría impulsado a ir a la policía, y eso no nos interesaba. Así que planeamos la muerte de todos. Pero el «señor». Wells lo complicó todo al escapar, pues no sólo se libró él, sino que al llamarla a usted, la libró también, ya que su muerte estaba planeada para la mañana siguiente, por medio de un «accidente».

—¿Y cómo van a matarnos ahora? —preguntó Desmond.

—No sé... —intervino amablemente Agatha Dexter—. Todo se ha complicado mucho, claro, con la muerte de mis tres empleados. Nos los tendremos que llevar en el coche, y dejarlos por ahí. Luego, contrataremos otros..., lo cual queda en manos de Eleanor, que es una experta, y seguiremos con el negocio. Hace ya tiempo que dirijo negocios como éste en diferentes ciudades, pero hasta ahora no había podido controlar la zona de Los Ángeles. ¡Ahora que por fin lo he conseguido, seré la más poderosa de Estados Unidos en este negocio!

Patricia Lamarr contemplaba incrédulamente a la «simpática» ancianita. Cuando miró a Desmond, como buscando amparo, él movió la cabeza.

—Así es la vida, Patty... —susurró—. Ya ves, también a ti te ha tenido engañada tu respetable vecina. ¿Quién habría dicho que una dama tan agradable era una criminal? Por eso, yo siempre digo a la gente que no me cuente su vida..., así sé seguro que no me contarán mentiras: En cuanto a nuestras...

—Ya basta —cortó secamente Eleanor; miró en seguida a Agatha Dexter—. Tenemos que terminar pronto; Agatha.

—Así es, querida. Bien, mátalos y vámonos.

Eleanor asintió, estiró el brazo, apuntando su pistola al rostro de Desmond Wells..., y, al mismo tiempo, se dio cuenta de que la mano izquierda de éste, que había permanecido oculta entró su muslo del mismo lado y el brazo del sillón, aparecía sosteniendo también una pistola. El sobresalto perdió a la asesina profesional Eleanor Mitchell: antes de que pudiese realizar su intención de disparar contra Desmond éste desvió su mano derecha con la suya izquierda, golpeando con la pistola, y, simultáneamente, incorporándose, disparaba su puño derecho hacia la barbilla de Eleanor. Justo entonces, ella lanzó un grito de dolor, iniciaba un

salto hacia atrás, de modo que el puño de Desmond no le acertó. Pero sucedió algo en verdad curioso. Patricia parecía destinada a sufrir el choque con el cuerpo de Eleanor al saltar ésta hacia atrás, pero no fue así, sino que se apartó un poco, le asió la muñeca derecha con la mano izquierda, pasó su hombro derecho bajo la axila de este lado de Eleanor tras obligarla a girar, y girando ella entonces, se inclinó hacia delante, y Eleanor salió disparada por encima de su hombro en un impresionante e impecable *ippon seoi nage* de judo. Eleanor fue a caer sobre el cadáver del hombre degollado, rebotó sobre la carne y la sangre, y sobre cristales rotos, y, sin dejar de chillar, resbaló, desapareciendo hacia el jardín..., pero sin la pistola, que había caído dentro del salón mientras ella volaba hacia la salida.

—¡Atiza! —exclamó Desmond, atónito—. ¿Qué es eso?

—Yo... yo sé un poco de judo...

—¡Un poco! ¡Pero si...! ¡Eh, usted, quieta ahí! ¡Si da un solo paso más, le juro que disparo, vieja bruja!

Agatha Dexter, que había iniciado una estratégica retirada, se detuvo, se volvió y miró a los ojos a Desmond Wells. Comprendió que lo mejor que podía hacer era obedecer, así que permaneció inmóvil. Desmond se puso en pie, pero palideció y volvió a sentarse.

—Se va a escapar esa asesina... —murmuró—. Está bien, ya la encontrará la policía. Sabemos... ¡El coche!

Oyeron el rugido del motor, y los tres comprendieron que Eleanor Mitchell, desarmada, prefería poner tierra de por medio..., de momento, al menos.

—Llama a la policía —dijo Desmond—. Ahora ya no tenemos por qué temer nada, puesto que la asesina huye, y la organizadora de todo esto se muestra sumisa. Usted, venga a sentarse aquí..., y olvide a su amiguita: nada podrá hacer por usted. ¡Ya es bastante suerte que consiga escapar ella!

* * *

En su alegría al haber podido escapar después del susto recibido y de perder la pistola, Eleanor Mitchell, asesina profesional de oficio, cometió un error: no mirar sus manos doloridas. Debió hacerlo, en lugar de apretar con tanta fuerza el volante.

Porque así, lo único que consiguió fue que las heridas recibidas

al caer sobre los cristales apoyando las manos en el suelo, se abrieran más, y sangraran más...

De este modo, cuando apenas a tres millas de la casa donde quedaba Agatha Dexter, Eleanor quiso mover el volante, con toda naturalidad, para tomar una de las curvas de la carretera que discurría al borde de acantilados, la sangre hizo que sus manos resbalaran sobre el volante, y que éste no girase, sino que continuase recto, en la posición anterior, de tal modo que el coche salió despedido fuera de la curva.

Durante un instante, en que pareció que el coche fuese a poder volar, Eleanor permaneció con los ojos desorbitados, la boca abierta en un gesto de espanto... Luego, su alarido se perdió abajo, y un instante después desaparecía, se extinguía, mientras el coche, tras estrellarse contra unas rocas e incendiarse, acababa por caer al mar.

ESTE ES EL FINAL

El policía que había escuchado todo el relato de labios de Desmond Wells, mirando de cuando en cuando a la sombría Agatha Dexter, acabó moviendo la cabeza con gesto de incredulidad.

—Bueno, señor Wells, me parece todo fantástico y formidable... Naturalmente, querrá usted firmar una declaración que contenga todo eso.

—Lo haré. Pero no hoy. Estoy esperando a una persona que podrá remendarme la pierna, y luego, quisiera descansar toda la noche, si es posible.

—Por supuesto. Mañana tendremos toda la declaración preparada. Aparte, claro está —el policía miró a Agatha Dexter—, de que dispondremos también de la declaración de esta señora. No saldría viva de la cárcel ni aunque llegase a vivir trescientos años... ¿Qué pasa...?

Acababan de entrar dos hombres en el salón. A uno de ellos lo recordaba Desmond, puesto que lo había visto entre brumas cuando le curó la pierna la noche anterior: el doctor Merrywale. El otro era algo más alto, apuesto, elegante, de algo más de cincuenta años, bronceado por el sol, atractivo... Patricia corrió hacia éste, y Desmond desvió la mirada para no ver cómo lo besaba.

Veinte minutos más tarde, Desmond Wells era instalado en una habitación, ya con la pierna atendida debidamente, y cambiado el vendaje, que había quedado manchado de sangre.

—De todos modos —aseguró el doctor Merrywale—, la cosa es simple: o se está quieto, o se pasará la vida con esa herida abierta. ¿Cree que podrá estar quieto aquí aunque sólo sean tres o cuatro días?

—Lo intentaré —murmuró Desmond.

Patricia y el hombre apuesto entraron en la habitación. El hombre se plantó delante de la cama, y miró amablemente a Desmond. Incluso afectuosamente, le pareció a Desmond.

—Bueno, ¿qué tal? —se interesó.

—Bien —gruñó Desmond Wells.

—No se preocupe por detalles complementarios, muchacho. Lo he arreglado todo con la policía. Lo único que ha de hacer es descansar y reponerse cuanto antes. Me dice Patricia que es usted abogado. ¿Cierto?

—Sí.

—Y qué está dispuesta a reanudar su vida normalmente después de cierto pequeño tropiezo.

—Es posible que decida eso, sí.

—Bueno... De ninguna manera pretendo dármelas de grande, ni impresionarlo en modo alguno, pero en mi grupo de empresas caería muy bien un abogado joven, con agallas, que haya pasado ya por trucos y mentiras..., y que además esté enamorado de Patricia.

—Él dice que no, pero sé que me ama, Darling —aseguró la muchacha.

—En ese caso, tenéis mi bendición —alzó las manos Darling—. Naturalmente, os regalaré un yate, os abriré una cuenta corriente en varios Bancos por todo el mundo, y antes de que este jovencito se disponga a trabajar de firme, esperó que lo hayáis pasado estupendamente.

—¿Por qué supone usted que yo me voy a quedar con Patty? —preguntó furiosamente Desmond.

—Porque ella lo dice. Además, si usted la ama, sería una necedad alejarse de su lado.

—Y usted..., ¿qué?

—Hombre, supongo que podemos compartir a Patricia, ¿no?

Desmond Wells enrojeció violentamente. Y de pronto, se sentó en la cama. Tenía los ojos poco menos que fuera de las órbitas. Y parecía dispuesto a saltar al cuello de Darling.

—¡Escuche usted, viejo repugnante, yo no voy a compartir a Patty con nadie, ni aunque me regalen veinte yates! ¡Se puede usted meter donde le quepan sus negocios, sus empleados, su dinero y todas las cuentas corrientes del mundo! Y le diré algo más: ¡será mejor para usted que salga de aquí antes de que me recuerde que

ha estado un tiempo usando a Patty como si fuese..., como si fuese... un objeto de placer! ¡De modo que largo de aquí, viejo sátiro, y como vuelva a poner las manos encima de Patty...!

—Pero..., ¿qué le pasa a este muchacho? —Pudo reaccionar por fin el generoso Darling.

—Está celoso... —rió Patricia Lamarr—. Y le está bien empleado, por no haberme querido escuchar cuando yo insistía en darle explicaciones, y en decirle que estaba equivocado. ¿Sabe lo que le pasa, papá? Que él cree que tú y yo...

—¿Papá? —gimió Desmond—. ¿Es... tu padre?

—¡Sí, señor, es mi padre, y lo llamo Darling porque me da la gana! ¡Y tú sabrías ya todo si no fueses tan estúpido de andar por ahí diciendo a todo el mundo que no te cuenten su vida...! Y como vuelvas a pensar que soy una... una... ¡Estúpido!

Desmond Wells suspiró profundamente, y tocó el borde de la cama en la que le habían instalado.

—Será mejor que te sientes aquí y empieces a contarme tu vida, Patty. A lo mejor, me interesa...

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...